
CIENCIA
FICCIÓN
¡VOCES
EN EL ESPACIO!
H. S. THELS

H. S. THELS

¡Voces en el espacio!

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. 29.576-1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Alan tomó el silencioso ascensor que conducía a la cúpula del observatorio. Cuando pulsó el botón del aparato, la sonrisa que desde que llegó ante el edificio había aparecido en su rostro, se intensificó, como si desease — estaba seguro de ello — hacerla más perceptible y concreta.

Venía de pasar la tarde con Betty.

Sólo al pensar en todo el daño que iba a poder hacer a Clark le llenaba de extraño regocijo. Y la lástima era que, como de costumbre, cuando se había hecho más insinuante junto a la muchacha, confesándole su deseo de hacerla su esposa, ella, también como de costumbre, había cortado sus impulsos con una de aquellas carcajadas que parecían hechas para destrozar cualquier argumento serio que se le ocurriese.

De todas formas, no importaba que el fracaso hubiese coronado su nueva intentona. La seguridad de que Clark tampoco obtendría el ansiado «sí» de los labios de la muchacha era motivo más que suficiente para considerar como un triunfo rotundo el haber pasado la tarde en su deliciosa compañía.

Lo importante era haber de sufrir a aquel maldito compañero que el destino había colocado a su lado para fastidiarle a él.

¡El destino!

— Debía de poseer un sentido del humor bien desarrollado el buen señor.

Porque, entre todos los colaboradores de Inglaterra entera, no podía haber elegido a otro más antipático que Clark Lewer, el pretencioso piloto del espacio, llamado a colaborar en el observatorio y a medrar con su atractivo físico cerca de Betty.

Sí, era una broma más que pesada haber hecho llegar a aquel «Don Nadie» en el momento en que la muchacha estaba casi decidida a casarse con Alan. Todo estaba casi preparado y sólo faltaba fijar la fecha, cuando aquel estúpido había aparecido con su sonrisa bonachona, su alta estatura, sus trajes excelentemente cortados y aquellos ojos azules que estaban siempre llenos de luz.

La presencia de un hombre que había llegado hasta Saturno, pasando de Marte — sitio donde no era nada extraordinario el ir—, había ofuscado la imaginación calenturienta de Betty Pallerson que, contrariamente a su padre, el director del observatorio, poseía tan poca ecuanimidad como buen sentido y mesura de las cosas.

¡Maldito Clark!

Alan se había preguntado innumerables veces por qué aquel gracioso y divertido destino no había hecho que el piloto se estrellase o perdiese en la

infinidad del espacio, en uno de aquellos viajes que había hecho. Pero no; tenía que ser así para sacarle de quicio y alejar, cada vez más, el importante objetivo que se había propuesto en la vida.

Porque —todo hay que explicarlo—, Betty, a pesar de su cabellera negra y abundante, de sus hermosos ojos y de su gentil figura, no era una de esas mujeres capaces de enloquecer a un hombre de la archiprobada sensatez de Alan Cabot.

Ni mucho menos.

Betty, en realidad, no era más que la manera, el paso forzoso que debía ser dado para llegar al objetivo primordial. Era como una fase obligatoria, como un examen tras el que se consigue el más ansiado título.

Porque detrás de todas las dulces palabras que Alan había dicho a la muchacha, debajo de las promesas y de todo cuanto se había visto obligado a decir, estaba el deseo ardiente —incontenible— de convertirse en el director del primer observatorio electrónico del mundo.

¡Aquél sí que era un objetivo que merecía toda clase de lucha!

Y lo malo residía en que el viejo profesor estaba dispuesto a nombrar a su sucesor bajo la condición de convertirlo, al mismo tiempo, en su hijo político.

Allí residía el *quid* de la cuestión.

Y de allí había surgido la lucha contra Clark, el odioso Clark, que había ganado terreno en el corazón de Betty desde su maldita llegada al observatorio.

El ascensor se detuvo justo cuando la sonrisa de Alan había desaparecido como por ensalmo.

Pero, haciendo un supremo esfuerzo, volvió a sonreír, aunque su gesto tenía más de mueca que de otra cosa.

Un amplio pasillo se abría ante él y, al final, la entrada al observatorio propiamente dicho, donde, sin ningún género de dudas, Clark estaría trabajando junto al «supermicrófono» de su departamento.

Penetró en la amplia sala, en cuyo fondo se levantaba el monumental telescopio electrónico que era orgullo de la Gran Bretaña. Un curioso aparato que, en vez de utilizar la luz, se servía de los electrones, aumentando así los límites de su fantástica visibilidad.

Gracias a aquel monumental aparato, se había podido llegar hasta lo que parecía ser el «límite del universo», las últimas galaxias que los aparatos de Monte Palomar y Monte Wilson no habían logrado siquiera distinguir.

A la derecha, otro tremendo aparato era apenas visible, ya que su principal estructura estaba colocada fuera de la cúpula: era el

«supermicrófono», capaz de captar los sonidos estelares que llegaban hasta la Tierra desde los más alejados rincones del Cosmos.

Un hombre joven, de anchas espaldas y cabellos rubios cortados muy cortos, trabajaba de espaldas a la entrada, profundamente abstraído en su labor y anotando, de vez en cuando, en un cuaderno que tenía a su derecha.

Si la mirada de Alan hubiese poseído poderes suficientes, aquel hombre habría terminado sus días en aquel preciso instante; pero, como ocurre a todos los débiles, todo el odio de Cabot le consumía por dentro, incapaz de manifestar abiertamente su aversión a su contrario.

El ruido de sus pasos hizo que el otro se volviese con rapidez.

— ¡Hora, Alan! —saludó afablemente.

La sonrisa forzada estuvo a punto de helarse en el rostro de Cabot; pero de nuevo, gracias a un poderoso esfuerzo, siguió enseñando los dientes.

— ¡Hola, Clark! ¿Mucho trabajo?

— Lo de siempre.

— Yo lo he pasado estupendamente bien.

— ¿Ah, sí?

— Sí. He estado toda la tarde con Betty.

Notó que las pupilas del otro se empequeñecían un poco; en realidad, fue algo tan rápido como imperceptible, pero bastó para que el corazón de Alan se llenase de ciega alegría.

— Lo hemos pasado muy bien. ¡Aunque, francamente, vengo un poco cansado!

— ¿Estuvisteis lejos?

— Fuera de la ciudad. Ya sabes que a Betty le gusta mucho el campo y he aprovechado la ocasión para estrenar mi nuevo coche.

— Me parece muy bien.

— No creas que he dejado de acordarme de ti. Pensé que estarías aquí, aburriéndote como una ostra con esos «ruiditos» que deben darte una lata tremenda.

— No lo creas. Encuentro todo esto muy interesante...

— ¿Más que los viajes del espacio?

El rostro de Clark se contrajo, esta vez de manera perfectamente visible.

— No hablemos de eso, Alan; te lo ruego.

Ya sabía Cabot que el tema de los viajes estelares parecía despertar en

Clark algo que jamás pudo adivinar.

Había imaginado toda suerte de cosas — y ninguna buena—; pero, de todos modos, hacía lo imposible de sacar a relucir el tema, en cualquier momento, con tal de ver la cara que ponía el otro.

— ¿No ha venido el profesor? — inquirió, cambiando de tema.

— No, pero no creo que tarde. Precisamente me ha telefoneado hace poco, diciéndome que le esperásemos.

— ¿Algo importante?

— No lo sé. No me ha dicho nada.

— Alguna de sus manías. ¿No querrá volver a medir la distancia a Persec-198?

— No lo creo. Hemos abandonado ese asunto hace semanas.

Alan se encogió de hombros.

— ¡No voy a romperme la cabeza con las chocheces del viejo! Prefiero pensar en Betty; es mucho más agradable.

De nuevo brillaron las pupilas de Clark, pero no dijo nada y volvió a enfrascarse en los cálculos matemáticos que estaba haciendo.

Alan se alejó sonriente hacia el telescopio.

En realidad, no tenía ganas de trabajar y se dejó caer sobre uno de los sillones, encendiendo un cigarrillo; luego, sin saber exactamente qué hacer, alargó la mano y cogió una de las revistas que había sobre la mesita y que hojeó sin gran interés.

Clark levantó la cabeza en aquel momento y miró la silueta del otro.

Una vaga sensación de dolor le invadió por completo. Le fastidiaba que Betty hiciese caso a aquel mequetrefe y que se atreviese a salir en su aburrida y petulante compañía.

Pero, ¿qué derecho tenía él a inmiscuirse en los deseos de la joven?

¿La corta amistad que había logrado?

No era bastante, ni mucho menos.

Él no se había atrevido a decirle todo lo que sentía por ella; primeramente, porque no creía pasado el tiempo suficiente para plantear una solución íntima. Y, por otro lado, temía que la joven confundiese los verdaderos motivos que le acercaban a ella con los que realmente impelían a Alan.

No le importaba, en absoluto, el puesto de director del observatorio, aunque estaba sólidamente formado y era capaz de representar el cargo. Lo que quería era conseguir la estimación de la muchacha, de la que se había

enamorado desde el momento que la vio.

Permaneció tan ensimismado, que no oyó entrar al profesor, hacia quien se precipitó Alan, con una afabilidad empalagosa e hipócrita que daba náuseas.

— ¡Buenas tardes, profesor!

— Buenas tardes, Alan. — Y volviéndose hacia Clark —: ¿Cómo va eso, señor Lewer?

— Como siempre, profesor; nada esencialmente nuevo.

— ¡Eso cree usted, amigo mío!

— ¿Quiere usted decir que hay alguna novedad?

— Y del mayor interés, amigo mío.

Después de una corta pausa, cuando todos se habían sentado en la especie de minúscula salita que quedaba entre los dos aparatos.

— ¿Puedo contar con ustedes dos esta noche?

— Por mi parte, sí.

— Yo también puedo quedarme, profesor.

— Estupendo. El asunto es de la mayor importancia y va a sorprenderles grandemente, si concuerdan los datos que he recibido del Observatorio de París.

— ¿De qué se trata, profesor?

— Anoche, hacia la madrugada, Levrier, al que ya conocen ustedes y que ha hecho una labor magnífica para la astronomía francesa, observó, por verdadera casualidad, una tremenda explosión sobre la superficie de Júpiter. La cosa era tan anormal como inesperada y Levrier estuvo al acecho hasta que el amanecer le impidió proseguir su observación. Está seguro que no se trata de ningún fenómeno natural: explosión volcánica o caída de meteoritos. Acabo de hablar nuevamente con él, por teléfono, y sigue en sus trece...

— ¿Cómo explica ese fenómeno?

—Como algo no natural...

— La expresión peca de vaga, profesor.

— Ya lo sé. Pero han de entender que Levrier, al calificar de «antinatural» ese fenómeno, lo hace para evitar darle un cierto nombre...

— ¿Artificial?

— Eso mismo, amigo Lewer. Nuestro compañero francés no se atreve a decir claramente que cree que esa explosión, o lo que sea, ha sido provocada


por seres inteligentes, ya que está demostrada completamente la no existencia de seres humanos en los planetas del Sistema Solar, excepto el nuestro.

— ¿Entonces?

—Ésa es la pregunta que todos debemos hacernos, hasta que podamos contestarla satisfactoriamente. Y para eso quiero que trabajemos esta noche.

— ¿Con el telescopio electrónico? —inquirió Alan.

— No; con el «supermicrófono». Si la explosión se produjo anoche, es posible que empiecen a llegar sonidos de lo que ocurrió antes, ya que el sonido se mueve mucho más despacio que la luz...

— ¿Y si se trata de sonidos emitidos por mecanismos electromagnéticos, profesor?

— Se nos habrán escapado, por desgracia. Por eso, vamos a dejarnos de charlas y ponernos a trabajar inmediatamente. ¿Qué les parece?

— Dispuesto.

— ¿Enfoco Júpiter, profesor?

Frank Pallerson asintió con la cabeza.

— Eso es, señor Lewer. Enfoque rápidamente el área de Júpiter. Trabajaremos, los tres, en la cámara insonorizada, analizando todo lo que nos llegue. Veremos si tenemos un poco de suerte.

Momentos más tarde, ya en la cámara insonorizada, el joven Clark orientó rápidamente la larga antena, que surgía del interior de la semiesfera convexa, apuntando al área del lejano Júpiter.

Inmediatamente, todos los mecanismos se pusieron en marcha y el analizador de sonidos inició su trabajo, enviando y distribuyendo, según su frecuencia, los ruidos que le llegaban hacia las diferentes cintas magnetofónicas donde quedaban impresos.

Entretanto, los tres hombres, con los auriculares puestos, iban oyendo lo que llegaba, intentando escuchar algo interesante.

Permanecieron una hora a la escucha; después, a un signo del profesor, se quitaron los auriculares y salieron al saloncito vecino.

— No creo que encontremos nada de particular — dijo Alan.

— Yo no me atrevería a afirmar algo de una forma tan categórica. Dentro de un par de horas, analizaremos lo que hayan captado las cintas y haremos la clasificación del material.

Tomaron asiento y los dos jóvenes empezaron a fumar.

Frank permaneció largo rato en silencio, meditando; después, mirando a

Cabot:

— ¿Salió usted con Betty? —inquirió de repente.

— Sí, profesor.

— ¿Dónde fueron?

— A los alrededores de Londres.

— ¿Lo pasaron bien?

— Con la señorita Pallerson se pasa siempre maravillosamente bien —repuso Alan con una mirada directa a su rival.

El profesor sonrió.

— Ya he dicho a Betty que deseo que se decida cuanto antes. Me encuentro cada vez más cansado y no me agradaría dejar vacío, en su puesto más importante, este centro científico.

Sin decir nada, mordiéndose los labios, Clark se había levantado y dirigido hacia la cámara insonorizada para repasar la marcha de los aparatos.

En realidad, aquel gesto era completamente innecesario; pero, a pesar de su sangre fría, el joven experimentaba la misma sensación de repugnancia cuando oía expresarse de tal forma al profesor.

Comprendía que el viejo no razonaba ya de una manera conveniente y que el observatorio se había convertido en la cosa más importante de su vida, supeditando, sin darse cuenta, la felicidad de si propia hija a la necesidad, siempre relativa, de colocar a alguien en su puesto.

¿Era el producto de esa infantil vanidad de los sabios?

Clark estaba convencido de que sí. Frank no deseaba que, directa o indirectamente, se terminase el nombre de Pallerson relacionado con el observatorio.

Muchas veces había confesado su desilusión al tener una hija; pero ya que el destino se lo había impuesto, quería que al menos al hablar del futuro director, la gente dijese que se trataba del yerno de Frank Pallerson...

¡Vanidad de vanidades!

Lewer repasó detalladamente la marcha de los aparatos, recogiendo después las primeras cintas grabadas que, mecánicamente, habían salido, una vez llenas, del sector.

Salió de la cámara con las cintas en la mano.

— ¿Ya hay algo? —inquirió Frank al verle acercarse.

— Podemos oír esto, si lo desea, profesor.

— Bien, vamos al probador.

Otra cámara insonorizada, pero de dimensiones más reducidas, dotada de cómodos sillones, donde los dos hombres que seguían a Clark tomaron asiento. El joven piloto del espacio colocó las cintas en los aparatos y tomó igualmente asiento, luego de poner en marcha el sistema de altavoces.

Una serie de sonidos empezaron a surgir, confusos y lejanos ruidos, cuya significación parecía completamente ininteligible.

Pero, para aquellos hombres, acostumbrados a «oír» el lenguaje misterioso del espacio la casi totalidad de lo que escuchaban era perfectamente entendido por ellos: explosiones de lejanas galaxias, acontecidas hacía miles de millones de años y que llegaban ahora, a través del cosmos, como un lamento inútil de algo que estaba ya definitivamente hundido.

Escuchaban atentamente, con los ojos brillantes, imaginándose todas aquellas lejanas catástrofes siderales, interpretando correctamente su sentido y experimentando la angustia de algo que estaba completamente fuera de su campo de acción.

De repente, entre el sordo rugido que llegaba de las estrellas extragaláxicas, otra serie de sonidos surgió, haciendo que los tres palideciesen intensamente y se miraran los unos a los otros, como buscando apoyo a lo que no podían dar crédito.

Porque, del altavoz, acababan de surgir sonidos articulados que, sin ningún género de dudas, procedían de la transmisión por aparatos potentes y que expresaban un lenguaje completamente desconocido.

¡Voces humanas llegaban del espacio!

Voces que expresaban —¿quién lo sabía?— odio, dolor, amistad u otra cosa cualquiera.

Pero, de todas formas, voces que demostraban, de una manera segura, que *otros seres inteligentes habían penetrado en el Sistema solar.*

Capítulo II

Permanecieron mudos de asombro, incapaces de articular palabra, como si sus mentes quisieran antes analizar y coordinar lo que parecía completamente imposible.

Finalmente, cuando la cinta enmudeció, Clark no pudo menos de decir:

— ¡El profesor Levrier no se equivocaba!

— Sí, son seres inteligentes, que poseen aparatos de radiotelefonía. Lo que hemos oído, hacía muy poco que había sido pronunciado en Júpiter.

— ¿Y qué haremos? — inquirió Alan.

— Hemos de consultar con las autoridades —repuso el profesor—. Aunque es casi seguro que nos dejen una completa iniciativa...

— ¿Es que no van a darse cuenta del peligro que puede significar la llegada de otros seres a nuestro Sistema?

— Para ellos, todos esos peligros no son más que fantasía. La Base Lunar es capaz, por ahora, de rechazar cualquier intento de invasión. Y esa invasión es, en verdad, ciertamente improbable.

— ¿Entonces?

— Hay un algo en la llegada de seres inteligentes a la superficie joviana... Algo que es necesario descifrar, pero que, de todas las maneras, no debe constituir, al menos por ahora, un peligro.

El profesor miró fijamente a Clark.

— Si obtuviésemos la autorización necesaria, ¿estaría usted dispuesto a guiarnos, señor Lewer?

— No sabe cuánto lo lamento, profesor; pero, siendo posible, no desearía nunca más salir al espacio.

— ¿Ni aun ante «circunstancias tan emocionantes»?

— Lo lamento, señor.

Frank se volvió hacia Alan.

— Ha de buscar un piloto, ya que estoy casi completamente seguro de que lograré la autorización del gobierno para investigar lo que está ocurriendo en Júpiter...

— Está bien, señor. Tengo un amigo que me procurará la información necesaria.

Y después de una pausa.

— ¿Irá usted, profesor?

— ¿Por qué no?

— Ya sabe que nadie ha aterrizado en Júpiter. Se ha sobrevolado el planeta y las astronaves se han posado en algunos de sus satélites; pero nadie ha puesto el pie en el planeta gigante.

— ¿Nadie? ¿Y esos seres que acabamos de oír?

— Es posible que posean medios especiales para permitirles defenderse de la tremenda fuerza de gravedad de Júpiter.

— No importa. Si ellos están allí, nosotros iremos también.

— ¿Nosotros? —el rostro de Alan se puso blanco como el papel.

El profesor le miró intensamente.

— ¿Es que no va usted a acompañarme, señor Cabot?

— ¡Claro que sí! —se apresuró a contestar el otro.

Pero Clark se percató de que la palidez no hacía más que intensificarse en su rostro.

— Prepararemos una de las buenas astronaves que posee la Sociedad de Astrofísica londinense. Las hay ciertamente excelentes y creo que fue en una de ellas en la que, si no me equivoco, llegó el señor Lewer hasta Saturno, ¿no es verdad, amigo mío?

— Sí, señor. Fuimos dos astronaves: yo conducía la *Flecha del Espacio* y mi hermano Harry la *Constelación*.

Después de un corto silencio:

— Sólo volvió la mía...

— Perdóneme, Clark; quizás al solicitar su ayuda como piloto, le he herido profundamente provocando recuerdos que usted desea olvidar.

— No se preocupe, profesor; pero, si vale en algo mi consejo, le diría que abandone ese proyecto... Nadie puede posarse en Júpiter... impunemente.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que Harry, desoyendo mis deseos, *aterrizó en el planeta gigante*.

— ¿Y qué?

Clark se sentía molesto y su expresión no era en nada amistosa.

— Deseaba no volver a hablar de ello, señor; me lo había prometido formalmente; pero, en vista de que nada puede hacerle desistir de los temerarios propósitos que alberga...

— No le entiendo.

— ¿Ha oído hablar de la «macrodermitis», profesor?

— ¿Qué es eso?

— Una enfermedad. En realidad, sólo un puñado de profesores, con los que hablé a mi regreso, saben algo; lo que yo mismo sé...

— ¿Y qué relación tiene esa enfermedad con nuestro proyectado viaje a Júpiter? —inquirió cínicamente Alan, deseando ridiculizar al otro ante el profesor.

Clark sonrió con desprecio; luego, con voz que parecía un susurro que surgiese de lo más profundo de su alma:

— Escuchen...

* * *

«Júpiter aparecía, a través de la cúpula de ”plexi” de mi astronave, ocupando totalmente mi horizonte de visión. A la izquierda, refrenando la gravedad, igual que nosotros, gracias a los cohetes de proa, el *Constelación* observaba igualmente y yo, a pesar de la distancia, podía imaginar a mi hermano sumido en la misma emocionante contemplación que a mí me embargaba.

»Era la primera vez que seres humanos se acercaban al coloso entre los colosos.

»Volábamos a dos mil millas de distancia de la superficie joviana, pero aquella distancia no disminuía ni un ápice la escalofriante grandiosidad del mundo que teníamos ante nuestros ojos.

»Era como un globo colosal que flotase en el espacio y visto desde la astronave, parecía una amenaza escalofriante que, de un momento a otro, fuese a caer sobre nosotros, pigmeos ridículos ante su descomunal masa.

»Pero no era aquél más que un peligro ficticio y fantasioso: el verdadero estaba, ciertamente, en lo contrario: en que la poderosa atracción del planeta anulase los esfuerzos de nuestros cohetes de proa, empujándonos hacia él, contra cuya superficie nos aplastaríamos sin remedio.

»Tampoco, al menos por el momento, teníamos que temer esta segunda eventualidad. Los propulsores atómicos funcionaban a maravilla y eran capaces de crear indefinidamente la fuerza antigravitatoria que nos permitía escapar a la poderosa atracción joviana.

»Aun en el caso de que los mecanismos de los cohetes de proa fallasen,

probabilidad casi inexistente, podríamos, en último remedio, hacer funcionar los de popa y hasta crear, mientras revisábamos y reparábamos los averiados, una órbita que nos salvase de la atracción del planeta que estábamos observando.

»Abajo, en la proa, tras el "plexi" del morro de cada astronave, los telescopios de a bordo y las cámaras cinematográficas estaban recogiendo las imágenes de aquel mundo muerto, sin vida aparente y que, tremendamente lejos del Sol, había corrido o empezaba a correr la misma suerte que los otros, desde Saturno al helado Plutón.

»Cuando me habló Harry, estaba tan distraído que no le oí la primera vez; por eso, acercándome al micrófono:

»—¿Qué has dicho, hermano? —pregunté.

»—Voy a aterrizar —fue la inesperada contestación.

»— ¿Eh? ¿Te has vuelto loco, Harry?

»— ¿Por qué? Ya ves que ningún peligro puede amenazarnos. No se observan ni volcanes ni terremotos y el suelo de Júpiter parece helado en casi toda su extensión...

»— ¡No lo hagas, Harry!

»—Siempre el mismo, Clark. Tan pesimista como de costumbre. No voy a hacer más que aterrizar y colocar el pabellón británico; luego, inmediatamente, volveremos a despegar...

»— ¡Te lo prohíbo, hermano! Soy el jefe de esta expedición y debes obedecer mis órdenes. Di que nos alejamos del planeta inmediatamente.

»Hubo un corto silencio, que llenó de angustia mi pecho.

»Después, la voz de Harry —la querida voz de Harry— sonó de extraña manera, haciendo vibrar el altavoz.

»—Lo siento, hermano. Si lo tomas así, no tendré más remedio que desobedecerte. ¡Nadie me impedirá que aterrice en Júpiter!

»— ¡Ordenaré que disparen contra vosotros! He de impedir el aterrizaje.

»— No lo harás, Clark; te conozco demasiado. Mantente a la escucha, por favor...

»Miré a su astronave, incapaz de decir ni una sola palabra más.

»En efecto, disminuyendo rápidamente el chorro de sus propulsores de proa, el *Constelación* descendía, como una exhalación, hacia el monstruoso mundo que teníamos enfrente.

»Se me cubrió la frente de un sudor helado y cuando mis hombres

inquirieron el motivo de la maniobra que realizaba el *Constelación*, repuse cualquier cosa, incapaz de separar mi mirada de la astronave que se alejaba ya hasta que se convirtió en un punto oscuro, perdido en la masa rojiza del disco enorme de Júpiter.

»Descendí velozmente al morro de proa, arrancando casi de su asiento a Thomas, que era nuestro observador astronómico.

»Thomas tenía enfocada la astronave que, a través del sistema de potentes lentes, parecía estar al alcance de la mano. La superficie del planeta, bajo ella, ofrecía rugosidades rocosas en profusión, que rodeaban a una serie de "circos", en todo semejantes a ciertos paisajes lunares.

»Yo escruté detalladamente cuanto me mostraba aquel sector joviano, intentando discernir algo que pudiese calmar el estado de mis nervios. En efecto, y como había dicho Harry, nada parecía plantear una inmediata situación de peligro a los audaces astronautas que se dirigían hacia allí; pero nada ni nadie podía quitarme de la cabeza que, como todos los mundos desconocidos, aquél encerraba amenazas imposibles de concebir, peligros insondables, que ningún astronauta podía imaginar ni prever.

»La astronave que conducía mi hermano estaba ya aparentemente sobre el planeta, pero la ilusión óptica provocada por mi telescopio me hizo equivocarme y sólo diez minutos más tarde llegó hasta mis oídos la voz de Harry que gritaba triunfante:

»— ¡Hemos aterrizado, Clark!

»Francamente, en aquel momento, también mi pecho se llenó de orgullo. Por primera vez un hombre había osado posarse en el gigante de los planetas echando por tierra todas las leyendas de las que habían hablado los astronautas de todos los tiempos.

»—¡Bravo, Harry! —exclamé.

»Pero, casi inmediatamente, el temor tornó a cebarse en mí. Y con voz insistente:

»— ¡Regresad en seguida!

— En cuanto hayamos clavado la bandera de nuestro país en el suelo de Júpiter.

»— ¡Está bien; pero daos prisa.

»El silencio volvió a sobrecogerme y permanecí con los ojos pegados en el visor del telescopio, que me permitía ver confusamente los contornos de la astronave, que se había posado en una especie de llanura, completamente rodeada de erizados picos.

»Transcurrieron los minutos y mi impaciencia fue en aumento hasta que,

no pudiendo más, grité por el micrófono:

»— ¡Harry! ¡Harry!

»Nadie me contestó.

»Seguí llamando desesperadamente y cuando ya estaba dispuesto a lanzar mi astronave en auxilio de la otra, la voz de mi hermano llegó hasta mí.

»¡Pero qué voz!

»No parecía la misma y sus inflexiones me eran completamente extrañas. Como si estuviese escuchando a un desconocido.

»— Escucha, Clark, por favor...

»—¿Qué ha ocurrido? ¡Ahora mismo vamos hacia allá!

»— ¡No! ¡No! ¡No vengas, te lo suplico, hermano!

»— Vuelve en seguida, Harry!

»La voz tomó un tono imposible de describir.

»— No podemos volver ya...

»—Pero... ¿por qué?

»—*Porque ya no podemos entrar en la astronave.*

»—¡No te entiendo, Harry! ¡Por lo que más quieras, explícate!

»—No podemos entrar en la astronave, Harry. *Ya no podemos pasar por ninguna de las puertas de la nave...*

»— Pero, ¿por qué, hermano?

»—*Porque hemos crecido monstruosamente,* Clark.

»—¿Eh?

»—Sí. Salimos todos, contentos de contribuir a la emocionante ceremonia de colocar la bandera de nuestra patria. Lo hicimos; pero, de repente...

»Me pareció oír un sollozo que truncaba la voz de Harry; luego:

»—*Empezamos a crecer, hermano*... Primero la piel. Se nos llenó de horribles ampollas y pareció que íbamos a estallar de un momento a otro; pero, casi en seguida, nuestros músculos, las venas, las arterias y todo lo demás, llenó los huecos bajo la piel... *¡Y nos hemos convertido en seres monstruosos y disformes, verdaderamente horrorosos...!* El doctor Williams ha calificado esto de una "macrodermitis”...

»— ¡Voy en vuestra ayuda, Harry!

»— *¡No!, ¡no lo hagas!* Regresa con tus hombres a la Tierra y comunica lo que nos ha acontecido... ¡Que nadie vuelva a intentar aterrizar en este

horrible planeta!...

»Hubo una pausa corta.

»—¡Escucha, Clark! —la voz de mi hermano hacía temblar el altavoz, como si ya fuese la voz de un gigante—. ¡Ya no puedo sostener el micrófono en mis descomunales manos! ¡Adiós...!

»Permanecimos allí dos días, intentando restablecer comunicación con aquellos desdichados.

»Pero todo fue inútil.

»Con el corazón destrozado de dolor, me vi en la obligación de ordenar el regreso...

»Por eso — y creo que tengo suficientes motivos — me prometí no volver jamás al espacio...

Capítulo III

Al fin Betty terminó de tomar el refresco, sin separar los ojos del rostro de Alan, que le acababa de contar el proyecto del profesor, a su modo, tergiversando las cosas para que apareciesen como él deseaba.

— ...y Clark se negó cobardemente a acompañar a tu padre.

— ¿Qué hiciste tú, Alan?

— Me ofrecí, aunque jamás regrese, si emprendo semejante viaje.

— ¿Por qué, amigo mío?

— Porque mi corazón no soportaría la presión interna de la astronave.

Sacó unos papeles del bolsillo interior de la chaqueta y extendiéndolos ante la muchacha dijo:

— Fíjate en esto.

— ¿Qué es?

— Los electrocardiogramas que me he hecho últimamente. El doctor ha escrito ahí abajo las conclusiones...

Ella las leyó atentamente y con una sinceridad maravillosa, exclamó:

— ¡Tú no puedes hacer ese viaje, amigo mío! ¿Por qué no enseñaste estos papeles a papá?

— Iba a hacerlo, Betty; pero la actitud de Clark lo echó todo a rodar. Comprenderás que, ante la negativa de ese bellaco, yo no podía dejar solo al profesor.

— ¡Cuánto te lo agradezco! Pero, francamente, me extraña que Clark, acostumbrado a viajar por el espacio, se negase a formar parte de tan interesante expedición científica.

— Contó una rara historia de una rara y fantástica enfermedad; pero me percaté de que sólo la cobardía más abyecta se ocultaba detrás de aquel increíble relato.

— ¿Y qué hará papá?

— Ya me encargó buscarle un nuevo piloto; naturalmente, no poseerá la calidad de ese hombre... ¡pero, qué remedio!

Callaron unos instantes y Alan apoderándose de una de las manos de la muchacha:

— Tú podrías arreglarlo todo, pequeña...

Ella le miró con sorpresa.

— ¿Qué quieres decir?

— No sé si te agradará mi plan; pero, si no lo aceptas, piensa que lo hago solamente por el profesor y el éxito completo de su empresa. ¿Te imaginas su triunfo al regresar de Júpiter con pruebas de la existencia de seres vivos e inteligentes que han llegado hasta allí?

Los ojos de la muchacha brillaron de entusiasmo.

— ¡Sería maravilloso! —exclamó.

— Sería estupendo. Tu padre podría entonces retirarse con los laureles del triunfo más rotundo de todos los tiempos; pero, para que tal cosa sea posible, para que la expedición llegue a buen término... y regrese, es necesario que la guía y conduzca el único capaz de hacerlo: el hombre que llegó hasta Saturno y que conoce los alrededores de Júpiter mejor que nadie.

— ¿Te refieres a Clark, ¿verdad?

— Sí.

— Y antes has dicho que yo podía solucionar las cosas. ¿Cómo, Alan?

El joven sonrió; después, con voz simuladamente emocionada:

— ¡Me cuesta mucho tener que decirte lo que debes hacer, Betty! Haría cualquier cosa por no tener que pedirte un favor del género de éste que me veo obligado a solicitarte; pero fíjate bien que lo hago solamente por tu padre y que, si se tratase de otra persona, jamás me hubiese atrevido a hacerlo.

— Lo comprendo, Alan, y agradezco tu confianza y tu buen corazón.

— Hablemos claro, Betty. Clark, creo que no lo ignorarás, está loco por ti. No sé si te lo ha confesado alguna vez, pero si no lo ha hecho ha sido por falta de ocasión...

— Sí, amigo mío, lo confieso. Ese hombre se me ha insinuado algunas veces.

— ¿No te lo decía? El destino pone en nuestras manos un arma maravillosa, precisamente en el momento en que la necesitamos. Sólo tú, Betty, puedes convencer a ese hombre para que conduzca la expedición.

Ella le miró con cierta sorpresa.

— No querrás que me declare a él, ¿verdad?

— ¡No digas eso, Betty! Sabes que sería capaz de destrozarle a puñetazos si imaginase cualquier cosa de esas... No, no hace falta un sacrificio total. Bastará con que le des la más pequeña esperanza para que te obedezca ciegamente.

— ¿Lo crees así?

— ¡Estoy seguro! Me he dado cuenta de la atracción que ejerces sobre él, aunque he descubierto en seguida sus inconfesables propósitos.

— ¿A qué te refieres?

Él bajó la voz y con un cinismo a toda prueba:

— Lewer desea suceder a tu padre en el cargo de director del observatorio...

— ¡Pero eso es imposible! ¡Si no es más que un piloto!

— No lo creas. Es un físico notable y ha hecho estudios profundos sobre muchísimas materias...

— ¡El muy granuja! ¡Ahora sí que haré lo que me has dicho?

— ¿Por qué «ahora»?

— Porque me repugnaba la idea de engañar a un hombre, aunque los motivos fuesen tan importantes como lo son en este caso. Pero ahora, sabiendo que sus propósitos, al acercarse a mí, no eran tan claros como yo creía, será un verdadero placer jugar un poco con ese pretencioso.

— No llegues demasiado lejos; justo lo necesario.

— No temas.

— Lo importante es conseguir que sea el piloto de la astronave. ¡Yo daría mi vida con gusto por ver triunfar al profesor!

— No, tú no irás. Pero nunca olvidaré lo que haces por nosotros, Alan.

* * *

Clark terminó de realizar unos cálculos que el profesor le había encargado y se dispuso a abandonar el observatorio. Eran ya cerca de las nueve de la noche y deseaba descansar para, accediendo a la demanda de Frank, examinar y probar la astronave que, a la mañana siguiente, entregaría el gobierno al sabio.

Había hecho todo lo posible para convencer al profesor de que aquel viaje era una verdadera locura.

Pero de nada le sirvieron sus argumentos.

Como otros tantos hombres de ciencia, Pallerson no creía en aquella monstruosa enfermedad de la que Clark le había hablado y que conoció, indirectamente, de forma tan trágica.

El deseo de conocer a los seres que habían hablado desde el área de Júpiter era demasiado fuerte para el profesor y ninguna clase de argumentos le convencería de lo contrario.

Sonrió el joven tristemente.

¿Qué importancia tenía la llegada de otros seres al Sistema Solar?

Debía haber ocurrido de una manera fortuita y era más que probable que aquellos desdichados — viniesen de donde viniesen — padecieran la enfermedad que había convertido a los ocupantes del Constelación en monstruos inimaginables.

La prueba de que algo raro había ocurrido era que ya no se habían captado más voces radiofónicas, lo que hablaba claramente en favor de la tesis de Clark:

Aquellos seres debían de haber corrido la misma suerte que su hermano y sus compañeros.

En su interminable charla con el profesor, Lewer había conseguido que aquél cediese, al menos, en un punto: llevar en la expedición al profesor Lebord, de la Universidad París, que era uno de los pocos que habían escuchado con atención las declaraciones que el joven astronauta hizo a su regreso del viaje a Júpiter.

Lebord era un verdadero sabio y había agradecido, por teléfono, la llamada del piloto del espacio. Hacía muchísimo tiempo que esperaba, con muy poca esperanza, la probabilidad que el viaje de Frank le brindaba ahora.

Y su curiosidad por estudiar tal enfermedad era tan grande como la del profesor por las misteriosas voces que habían llegado del espacio.

Guardó Clark sus cálculos en el cajón de su mesa y se puso en pie; luego, demostrando claramente su cansancio y preocupación, se pasó la mano por la ardorosa frente.

Fue entonces cuando la voz sonó a sus espaldas:

— ¡Buenas noches, señor Lewer!

Se volvió, agradablemente sorprendido por la inesperada presencia de Betty.

En efecto, la muchacha no solía ir frecuentemente al observatorio.

— ¡Buenas noches, señorita Pallerson! Es verdaderamente una sorpresa.

— ¿De verdad?

El tono sutil de la voz de la joven sorprendió al astronauta.

— Sí, es una sorpresa y, ¿para qué mentir?, singularmente agradable.

— Muchas gracias.

Y señalando, de un gesto, la totalidad de la sala vacía:

— ¿Trabajando?

— Sí.

— No comprendo que ustedes, los hombres, tomen ciertas cosas tan en serio.

— No debía usted decir eso, señorita. Usted, precisamente, la hija de un hombre que, desde hace veinte años, se toma ciertas cosas muy en serio.

— Tampoco comprendo a papá. Aunque, indirectamente, me entusiasme su trabajo.

— No entiendo el contrasentido, de verdad.

— Me explicaré más claramente. Verá, lo que no entiendo es el entusiasmo por labores de laboratorio y de cálculo. Lo que me emocionan son esas expediciones a misteriosos rincones del espacio, como la que ustedes se proponen realizar dentro de poco.

— Yo no voy con ellos, señorita Pallerson.

Ella simuló perfectamente un asombro que no sentía.

— ¿Cómo? ¿Qué usted no va?

— No.

— Pero... ¿quién podrá llevar esa astronave hasta las proximidades de Júpiter?

— Hay muchos pilotos de primera calidad, señorita.

— No nos engañemos, señor Lewer. He oído hablar demasiado de usted en estos últimos tiempos. Y no crea que es por adularle, ni muchísimo menos, pero, sin engañarnos, como le he dicho antes, sé que usted es el mejor piloto del espacio del mundo.

— Exagera usted, señorita Pallerson.

— No importa que lo haga... ¿Podría conocer los motivos que le impiden ir?

— Ya se los he expuesto, con la suficiente ampliación, a su señor padre.

— Deben de ser verdaderamente importantes.

— Sí, lo son — repuso sombríamente él.

Movió ella la cabeza y con una sonrisa encantadora:

— Con sinceridad, señor Lewer, lamento que no *nos acompañe*.

El golpe dio de pleno en el blanco.

— ¿Qué ha dicho usted?

— Que siento que no nos acompañe.

— Pero... ¿va usted en la expedición?

— ¿Por qué no lo haría? Yendo mi padre, ningún peligro correré.

Él había palidecido intensamente.

— ¡No lo haga, señorita! ¡No vaya!

— ¿Por qué? —espetó ella duramente.

Clark se pasó la mano por la frente.

«¿Cómo explicarle, Señor? —se dijo—. ¡Cómo decir a aquella mujer que su hermoso cuerpo se convertiría en algo horrible!»

— Hablaré con el profesor para que impida tal locura.

Los ojos de la muchacha brillaron de cólera.

— ¡Usted no hará eso! ¡Se lo prohíbo!

Hubo un corto silencio, molesto para ambos.

— Pero, señorita...

— Nada, señor Lewer. ¿Le impido yo acaso que se quede o se vaya? ¿Me inmiscuyo en esos motivos «tan importantes» a los que usted apela para no acompañamos?

Y viendo que él no decía nada, añadió:

— Me hubiese gustado mucho, muchísimo, que usted nos hubiese acompañado. Tengo mucha confianza en su pericia. Y, con franqueza, voy a sentirme muy sola...

— ¿Y Alan?

— No puede ir.

— ¿Que no va con la expedición? ¡Pero si dijo al profesor que podía contar con él!

— Sí, ¿quiere usted saber por qué lo hizo?

— No entiendo.

— Lo entenderá en seguida. Al ver que usted no iba, Alan se ofreció; aunque no puedo permitir que vaya.

— ¿Por qué?

— Está enfermo. Me ha enseñado los electrocardiogramas que le ha

hecho el profesor Cower.

— No lo sabía...

Ella creyó llegado el momento de seguir mortificándole.

— Como usted ve, Alan tenía también sus «motivos», y muy importantes, para negarse a acompañar a mi pobre padre; pero prefirió todo a que el viejo se sintiese completamente solo.

La miró fijamente, al fondo de los ojos.

— ¿De verdad que usted desea que les acompañe?

— Sería una gran alegría que lo hiciese

— ¿Puedo preguntar por qué?

Ella sonrió ligeramente.

— ¿Es necesario que una mujer lo diga todo, señor Lewer?

Algo se encendió bruscamente en el pecho del astronauta. Y sin poder retenerse, la tuvo entre sus brazos en un instante.

— ¡Betty!

Ella, contra lo que creía, no experimentó, al sentirse entre los fuertes brazos de aquel hombre, la sensación de repugnancia que esperaba. Algo, dentro de ella, se desencadenó, venciendo todos los escrúpulos que las ladinas palabras de Alan habían hecho nacer en su alma.

Todo lo contrario, sintió una extraña confianza que la ganaba por completo, infundiéndole una sensación de seguridad sencillamente formidable.

Luego, cuando él la besó, no opuso dificultad alguna, percatándose de que aquél era el hombre que la vida le destinaba.

* * *

Confundido aún, después de dejar a Betty en su casa, Clark se dirigió hacia su apartamento, conduciendo el coche muy despacio, como si necesitase el íntimo contacto de la noche para meditar profundamente cuanto le había acontecido.

Después de todo, estaba contento de haber accedido a la petición de la muchacha y se imaginaba la agradable sorpresa que iba a llevarse el profesor al conocer su decisión.

Sí, las cosas no se habían agravado, ni mucho menos.

Era, por el contrario, conveniente que él fuese quien llevase la nave hasta su destino, pudiendo impedir que se aterrizase en el planeta maldito, ya que él poseería el mando de la astronave y nada se haría sin su consentimiento.

Sintió, repentinamente, ganas de beber algo.

Se detuvo ante un bar y entró, sintiéndose inmensamente gozoso y sin poder dejar de recordar el estupendo rato qué había pasado al lado de Betty.

«La suerte me ha favorecido —se dijo—, ya que, a pesar de mi promesa, ardía en ganas de volver a Júpiter. ¡Quién sabe si Harry estará aún con vida!»

Aquella idea le había obsesionado muchas veces y se preguntó, en más de una ocasión, si su hermano y sus desdichados acompañantes seguirían vagando por el planeta, viviendo en el ambiente más monstruoso que imaginarse pueda.

Pidió un «scoth» y lo bebió lentamente, dejando que su imaginación bordase fantasías, maravillosas utopías, forjando un regreso triunfal en el que, además de todo lo que el profesor deseaba, volviese su hermano y sus compañeros, completamente curados.

— ¡Hola, amigo Clark!

Se volvió, viendo la rubicunda faz del doctor Cower que, habitualmente, estaba encargado de visitar a los miembros del observatorio.

— ¡Hora, doctor! ¿Quiere beber algo?

— Con mucho gusto. ¿Cómo van las cosas?

— Como siempre.

El médico le miró con insistencia.

— Le veo de excelente humor, Lewer. ¿No habrá sido usted la víctima de la broma que preparaba su compañero?

— No sé a qué se refiere.

— A Alan.

—¿Sí?

— Vino a verme, esta mañana, diciéndome que deseaba gastar una broma a un amigo suyo. Me pidió un electrocardiograma patológico, de uno de mis enfermos más graves. Y se lo presté.

— ¡Ah, ya comprendo! Sí, conozco la broma. Y puedo asegurarle que le salió muy bien.

— Lo esperaba. ¡Ese Alan es un muchacho simpatiquísimo!

— Estoy de acuerdo con usted.

— Es muy divertido.

— Sí. ¿Por qué no le telefonea a la señorita Pallerson?

— ¿Ha sido ella la víctima de la broma?

— Indirectamente. Le hará un gran favor, doctor. Nos ha asustado ese demonio de Cabot.

El médico se ensombreció repentinamente.

— Espero que no se habrá tratado de... una broma de mal gusto.

— No, no; se lo aseguro. Pero Betty se asustó un poco...

— Lo lamento. Voy a aclarárselo todo ahora mismo.

— Se lo agradezco mucho, doctor. ¿Otro vaso?

— No, muchas gracias.

Se alejó el médico hacia la cabina y Clark sonrió. El primer asalto lo había ganado limpiamente por puntos.

Capítulo IV

La nave *The Blue Star*, puntiaguda, brillante y majestuosa, se levantaba, apuntando a las estrellas, en el espaciódromo londinense.

Un cordón de vigilancia luchaba, logrando a duras penas, detener la masa de curiosos que se agolpaba desde las primeras horas del atardecer.

La expectación era inmensa. Se había hecho mucha publicidad sobre el viaje.

Agrupados junto a la astronave, los miembros de la expedición conversaban animadamente con los periodistas.

Para todos, excepto para el profesor que desconocía los detalles del asunto, había sido una verdadera sorpresa la llegada de Alan, que había manifestado a los periodistas que ya no experimentaba nada anormal en su corazón y que se hallaba dispuesto a formar parte de los tripulantes de *La Estrella Azul.*

Clark se había limitado a sonreír.

El que la joven hija del profesor marchase también había aumentado la expectación general y los periodistas la habían acribillado incansablemente con sus preguntas salpicadas de relámpagos cárdenos de sus «flashes».

También la llegada del copiloto, que Alan había buscado como piloto jefe, desconociendo la decisión de Clark, había causado sorpresa, ya que su aspecto y apariencia distaban de ser especialmente agradables.

Se llamaba Orson Temper.

Alto, fuerte, macizo, su rostro llameaba con la aureola de sus cabellos rojizos. Regularmente conocido, charló con los periodistas, afirmando, sin inmutarse ante la sorpresa de los muchachos de la prensa, que era él el único hombre que había llegado hasta Neptuno.

Por fortuna, la atención de los periodistas se vio pronto reclamada por la relevante personalidad del profesor.

— Señores, vamos a despedirnos de ustedes. De aquí a unos minutos, saldremos rumbo a Júpiter. La astronave que tan graciosamente nos ha cedido el gobierno de Su Majestad británica, está dotada de motores capaces de realizar el colosal esfuerzo que es necesario hacer para llegar, de un solo salto de doscientas cincuenta horas, a la órbita de Júpiter.

»Ya conocen ustedes suficientemente los motivos que nos empujan a este emocionante viaje. Descubrir otras criaturas de fuera de nuestro Sistema Solar es algo que no podíamos dejar al albur de los siglos, cuando, por fortuna, las

tenemos tan cerca.

»Es un deber de científicos y de humanos el hacer algo por gentes que, sin ningún género de duda, deben correr peligro en ese planeta. Sus voces aun sin significar nada para nosotros, ya que se expresaban en un lenguaje completamente desconocido, estaban impregnadas de dolor o de terror. La explosión que el profesor Levrier vio desde el observatorio de París, debió de preceder de la caída de una de sus astronaves sobre la superficie joviana.

»Señores: sé que no nos olvidarán y que nos tendrán presentes en sus oraciones. Nosotros, por nuestra parte, haremos lo posible por no decepcionar a la opinión mundial qué nos es tan favorable. Lucharemos, con todos los medios a nuestro alcance, para conseguir un completo triunfo y poder, si fuera posible, volver con esos pobres seres extraviados en nuestro sistema.

»Eso es todo, señores.

La multitud, que había seguido atentamente las palabras del profesor, difundidas por los altavoces diseminados en el amplio espaciódromo, prorrumpió en ovaciones y aplausos que duraron largo rato.

El cordón de seguridad obligó a los informadores a que se alejasen.

Al penetrar en la astronave, Alan hizo lo posible para colocarse, en el ascensor bipersonal, al lado del copiloto.

— ¿Están avisados? —inquirió en voz baja.

— Sí, no se preocupe. Estarán en la órbita de Júpiter antes que nosotros.

— De acuerdo.

Diez minutos más tarde, una llamarada surgió de la base de la astronave; luego, en una décima de segundo, un horrendo silbido acalló todos los demás sonidos...

Cuando la gente levantó la cabeza, *La Estrella Azul* no era ya más que un punto brillante sobre el cielo tachonado de estrellas.

* * *

Marte, desde que fue visitado a principios del siglo XXI, había sido definitivamente abandonado ya que no ofrecía nada aprovechable. Sin atmósfera, repleto de rojizos y humeantes desiertos, su visita corroboró las justas ideas que sobre él tenían los sabios.

Y las viejas fantasías sobre los marcianos y su pimpante civilización, se vieron ruidosamente abajo.

Después de una permanencia de dos años en aquel inhóspito mundo, la

expedición terrícola regresó a la Tierra para mostrar los resultados de todo lo que se había intentado en Marte y que no había conducido a sitio alguno.

Pero, como suele ocurrir muchas veces, se pecó en aquella ocasión de demasiada precipitación y los hombres de ciencia que vivieron en Marte, desearon, sobre todo, investigar aspectos puramente astronómicos, olvidándose de que aquel hijo del sol no era tan despreciable como su desértica apariencia hacía pensar.

Aquélla fue la lógica conclusión del joven piloto que condujo la astronave de la expedición.

Tenía entonces treinta años.

Pero, a pesar de todo, poseía experiencia y ambición; sobre todo esto último.

Mientras los expedicionarios perdían su tiempo calculando la marcha de las lejanas galaxias, aprovechándose de la pureza del cielo en el ambiente sin atmósfera de Marte, el piloto recorría el planeta, llevando por todo aparato un sencillo contador de Geiger.

Así, cuando al otro lado del desierto donde estaba situada la Base, descubrió fabulosos yacimientos de uranio, tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar su alegría.

Y esperó, pacientemente, todo el tiempo que faltaba para regresar a la Tierra, consumiéndose de impaciencia y forjando los planes para el futuro.

Estudió todo lo que se refería a la probable distribución de uranio en el Sistema Solar y supo así que, en relación a las dimensiones de los distintos planetas, Júpiter debía ser un colosal depósito de materias radiactivas.

A su regreso a la Tierra, el piloto organizó su propio grupo, al que unió una serie de individuos que deseaban ganar dinero, fuese como fuese. Engañados, los llevó a Marte, aprovechando la base que los sabios habían dejado intacta y estableciéndose allí, haciéndolos trabajar como esclavos hasta que caían víctimas de las enfermedades producidas por las mortales radiaciones.

Organizó entonces un mercado de contrabando de uranio que le enriqueció sobradamente. Pero su ambición lo lanzó a una vida fastuosa y a una serie de negocios que acabaron con cuanto había ganado.

Por otra parte, los esclavos que se procuró con engaños y que bajo las órdenes de sus compinches trabajaban en los desiertos de Marte, murieron víctimas de las radiaciones y no hubo manera de encontrar a nadie más.

Se pararon los trabajos, el uranio se terminó, al no seguir explotando los yacimientos y el grupo de granujas que él había contratado, empezó a impacientarse en la lejana base marciana.

Por eso, al enterarse por Alan de la expedición que se preparaba, juzgó que lo que tanto esperaba iba a realizarse felizmente:

¡Apoderarse del uranio de Júpiter!

Estableció comunicación con sus amigos y les instó a que se dirigiesen hacia el Gran Planeta, manteniéndose allí, en una órbita, hasta que la expedición llegase.

Habló largamente con sus compinches, dándoles instrucciones extraordinarias y que hicieron que ellos le preguntasen si se había vuelto loco de repente, pues, francamente, no esperaba aquello.

Pero cuando, finalmente les desveló la totalidad de sus proyectos, convinieron en que era la idea más maravillosa que jamás habían oído.

Y así, sin que nadie — ni el imbécil de Alan — conociese lo que les esperaba. *La Estrella Azul* fue precedida por otra astronave que, desde Marte, avanzó raudamente al primero de los lejanos planetas, atravesando el mundo de los asteroides...

Nadie sabía nada, excepto el promotor de todo aquello: un aventurero del espacio que tenía un nombre:

ORSON TEMPER, el copiloto de la nave exploradora que todo Londres había despedido.

* * *

Durante la primera jornada de vuelo, todos estuvieron ocupados en preparar las órbitas de paso de un astro a otro y las comidas fueron tan cortas como lacónicas las conversaciones.

Fue cuando la Luna quedó atrás, al realizar la órbita de Marte, que Alan aprovechó la ocupación de los demás para buscar a Betty. No había tenido con ella más que una breve conversación telefónica, profundamente insultante para él, ya que la muchacha se había limitado a calificarle con varios adjetivos, ninguno de ellos agradable.

La encontró en la plataforma de popa, contemplando, a través de la pared de «plexi» cómo se alejaba la Luna, enorme globo blanco en la proximidad y la Tierra minúscula esfera a lo lejos, reflejando un tono azul bellísimo.

Él se acercó despacio, sin saber qué decir ni cómo empezar una conversación que adivinaba inevitablemente desagradable.

— Betty... —susurró.

Ella se volvió, al reconocer su voz, con una brusquedad que demostraba

palpablemente que no le causaba agrado su presencia.

Lo miró fijamente, de hito en hito, sin ninguna expresión en su hermoso rostro.

— Betty... — repitió él con voz trémula.

— ¿Qué desea usted? —recalcó la muchacha, con un tono de voz seco y altivo.

Al oírse tratar de usted, Alan estuvo a punto de dar media vuelta y desaparecer. Como todos los cínicos, era tímido cuando las circunstancias le eran adversas.

Insistió, no obstante.

— ¡No seamos niños, Betty!

Pero ella con tono firme:

— Le he preguntado qué deseaba...

— Pedirte perdón.

— No tengo nada que perdonar.

— Sí. Juzgaste una broma de mala manera... Yo, francamente, quise asustarte, para comprobar si de verdad me querías.

— ¡No le permito que me hable así, señor Cabot!

— ¿Qué quieres decir?

Su rostro había palidecido intensamente y una fuerte cólera le subía por la garganta.

Al ver que ella no contestaba, insistió:

— ¿Qué has querido decir?

— Que no debe hablar así a una mujer comprometida.

— ¿Cómo? ¿Tú comprometida?

Los ojos de la muchacha brillaron de desafío.

— ¿Tiene algo extraño?

Alan se percató de que había perdido mucho más de lo que imaginaba. Y con los dientes apretados:

— ¿Ha sido con ese imbécil?

— ¡Alan! —gritó ella.

Pero él se percató de que, al herirla tan profundamente, había adivinado la verdad.

— Todos los cobardes tienen suerte —dijo con rabia.

Aquello colmó la medida.

— ¿Cobarde? ¿Tienes la audacia de llamar cobarde a alguien después de lo que intentabas hacer?

La cólera le había hecho olvidar sus propósitos de tratar de usted al otro.

— Lo mío fue siempre una broma.

— ¡No lo creo! Clark tenía motivos serios para no acompañarnos; en cambio, tú tenías simplemente miedo.

— ¿Por qué crees entonces que me he decidido a venir?

— Porque no esperabas que te tratase de la forma que lo hice anoche, por teléfono.

— ¡No! —exclamó él con vehemencia—. No hace falta que te diga los motivos que me han impelido a venir. ¡Has sido tú!

— ¿Qué quieres decir?

— Que si he venido ha sido por estar a tu lado. Y no creas que voy a ceder porque un tipo como Lewer haya conseguido engañarte de esa manera.

El color empurpuró las mejillas de la muchacha.

— ¡Eres un canalla, Alan! Afortunadamente, he empezado a conocerte a tiempo...

— No me conoces aún, Betty. Pronto verás quién soy verdaderamente. Te asombrarás de mi poder. Y cuando sea el dueño de la situación, de nada te servirá la ayuda de ese estúpido de Clark.

— ¡Tú no serás nunca nada, Alan! Llevas la mediocridad estampada en el rostro...

Aquello exasperó al hombre, que avanzó, amenazadoramente hacia la muchacha.

Ésta retrocedió asustada.

Pero en aquel momento, la alta y fornida silueta de Clark apareció en el umbral de la puerta metálica que separaba el pasillo central de aquella cámara posterior de la astronave.

Recorrió como una exhalación la distancia que le separaba de Alan. Y la mano del piloto del espacio se posó, como un cepo, sobre el hombro del otro, haciéndole girar hacia él como una peonza.

— ¿Te has vuelto loco, Cabot?

La luz odiosa que brillaba en las pupilas de Alan se convirtió en un brillo


medroso, que demostraba lo inesperado de la presencia del otro.

— Yo... —empezó a decir.

Pero Lewer no le hacía caso y miraba, por encima del hombro de Alan, la asustada expresión del rostro de la joven.

— ¿Qué ha pasado, Betty?

— Nada — dijo ella, temiendo que los dos pelearan.

Sin embargo, Clark intuyó algo y cogiendo al otro por las solapas:

— ¡Mucho cuidado, asqueroso cobarde! Espero que ésta será la última vez que te encuentre al lado de Betty. Si se te ocurre acercarte de nuevo, no te dejaré un solo hueso sano.

Tragó el otro saliva trabajosamente y con una voz truncada por el miedo, dijo, musitando casi:

—Te lo prometo. No me volveré a acercar a ella.

Clark lo soltó y el otro salió de la cabina con la cabeza gacha, sin volverse una sola vez.

Durante el resto del viaje, Clark procuró no perder de vista a Alan, que, por otra parte, no hizo el menor gesto para escabullirse de una vigilancia que había notado perfectamente.

Eso sí, se mantuvo junto a Orson, al que acució constantemente con preguntas que reflejaban su impaciencia.

— Tendrá que esperar, señor Cabot —le dijo Temper—, a que entremos en la órbita de Júpiter. Cuando eso ocurra, podrá empezar a darse cuenta de que las cosas se ponen a nuestro lado.

— ¡No sabes las ganas que tengo!

— También lo espero yo, señor Cabot.

Marte quedó atrás y también el espacio de asteroides que, gracias a los conocimientos profundos de Clark sobre aquella peligrosa zona, atravesaron sin mayor dificultad.

Fue al penetrar en la órbita joviana, cuando el Planeta Gigante ocupaba ya gran parte del horizonte visible, cuando primero el «radar» y después los telescopios de a bordo señalaron la presencia de un objeto que se movía hacia ellos, como si desease interferir su paso hacia el coloso planetario.

Capítulo V

Los hombres se reunieron en la sala de mando; sólo el profesor Pallerson, sentado ante el telescopio, iba comunicando a Clark y los demás, los detalles visibles que observaba a través del poderoso sistema de lentes.

Ya no tenían duda alguna de que se trataba de una astronave; pero las preguntas que se hacían no encontraban, al menos por el momento, la respuesta adecuada que les hubiese satisfecho.

— No puede ser terrícola — afirmó Orson —. Nadie puede estar por esta zona del espacio...

— De eso estoy completamente seguro —subrayó Clark.

— ¿Entonces? —inquirió Alan, con un tono de intensa palidez en su rostro.

Clark guardó silencio; después, mientras orientaba la marcha de la astronave, de forma a evitar la atracción de Júpiter, que aumentaba por instantes, dijo en voz baja:

— Deben ser ellos, sin duda alguna.

— ¿Ellos?

— Sí, Los seres cuyas voces captaron nuestros «radiotelescopios». Una o varias de sus naves espaciales debieron estrellarse contra la superficie joviana. La explosión de esos aparatos fue captada por el profesor Levrier desde su observatorio de París. Los sonidos y las voces requiriendo auxilio, las recogimos nosotros en cinta magnetofónica.

Betty, que estaba a su lado, le tiró suavemente por la manga.

— ¿Cómo serán, querido?

Los ojos de Alan brillaron intensamente de odio al oír la pregunta.

— No lo sé, pequeña. Pero no te hagas ilusiones respecto a todo lo que los artistas han fantaseado en estos últimos tiempos. Utilizando aparatos de transmisión semejantes a los nuestros, han de ser parecidos a nosotros.

— ¿Cómo lo sabes?

— Es natural. Utilizan la voz, tendrán laringe, lengua y boca para emitir sonidos. Saben construir aparatos eléctricos y astronaves, tienen, pues, manos como las nuestras. Y por la forma de la astronave que se nos acerca, tampoco su tamaño debe diferenciarse del nuestro.

— Mejor es así — dijo ella.

La voz del profesor se dejó oír en el altavoz de la sala de mandos.

— La astronave está a menos de mil kilómetros. Tiene un aspecto verdaderamente fantástico. Creo que no tardarán en intentar comunicarse con nosotros.

Orson sonrió.

— No han sido muy concluyentes sus aseveraciones, señor Lewer.

— Todo el mundo puede equivocarse.

Betty se volvió hacia Temper.

— ¿Piensa usted que sean seres monstruosos?

— Es lo más probable, señorita. Su padre, digo el profesor, acaba de decirnos que su nave espacial es fantástica. ¿Serían normales sus tripulantes?

— Es posible que tenga usted razón... —asintió ella con una expresión sombría en el rostro.

Otra vez vibró el altavoz, antes que la voz de Frank sonase de nuevo.

— ¡Acudan a los aparatos de escucha! ¡He visto unas chispas en las antenas de esa astronave!

Clark se volvió rápidamente hacia Orson.

— Tenga la amabilidad de mantener el rumbo, señor Temper; aumente, progresivamente, la tensión vectorial de los cohetes de proa. La tracción se incrementa por segundos.

— Perfectamente, señor.

— Vamos, Betty. Venga también, doctor Lebord — invitó Clark.

El médico agradeció la invitación del joven con una franca sonrisa. Estaba, como todos los demás, emocionado ante el singular encuentro que se preparaba.

Aunque, en realidad, formaba parte de la expedición para estudiar en Júpiter aquella maligna enfermedad que el hermano de Clark y sus compañeros habían adquirido, la presencia de seres interplanetarios le llenaba de gozo científico, prometiéndoselas felices si conseguía que uno de ellos se dejase estudiar amablemente.

La Sala de Comunicaciones estaba dotada de todo cuanto se había hecho para hacer posible la relación entre naves y mundos estelares. Los potentes aparatos de transmisión fueron puestos en marcha por Clark que, con preferencia, montó los de recepción.

La espera fue francamente emocionante.

Por el momento, sólo las vibraciones de la otra astronave llegaron hasta

ellos, tremendamente amplificadas y tan bruscas, que Clark tuvo que descender rápidamente el tono de recepción para evitar aquella cascada estridente de sonidos que parecían un trueno cercano.

Después, a los pocos segundos, oyeron perfectamente una serie de sonidos que, tras venir mezclados confusamente, se convirtieron en voces articuladas, gritos casi, que se expresaban en un lenguaje verdaderamente fantástico.

El profesor, que había abandonado su observación telescópica, penetró en la sala de Transmisiones.

— ¿Hay algo nuevo? —inquirió apresuradamente.

Pero nadie le contestó. Las voces seguían escuchándose con toda claridad y el viejo Frank empezó a frotarse las manos con visible impaciencia.

— ¡Qué suerte la nuestra! — dijo emocionado —. Somos los primeros hombres que van a conocer a otros seres vivos del espacio! ¡No puedo contener mi impaciencia!

Y avanzando hacia Clark:

— ¿No podríamos contestarles, Lewer?

— Voy a hacerlo en seguida, señor.

Pasó a una de las cabinas, empezando a hablar lenta y pausadamente, en un inglés de toda claridad.

Mientras él hablaba, los «otros» interrumpieron su emisión y aquello alegró infinitamente al profesor que, con los ojos brillantes de entusiasmo, expresó su gozo:

— ¿Se han fijado ustedes? ¡Han callado al oír qué nosotros les hablábamos! Desdichadamente —añadió —, les pasará como a nosotros: no entenderán nuestro lenguaje...

Apenas había terminado de decir esto, que los megáfonos vibraron, al tiempo que Clark salía de la cabina. Y entonces, dejándoles completamente helados, una voz recia, pero armoniosa, llegó hasta ellos.

— Nuestros «robots» han analizado vuestro elemental lenguaje. ¿Quiénes sois?

El profesor, echando a Clark a un lado, se precipitó hacia el micrófono:

— Somos terrícolas, habitantes del segundo planeta, sin contar este gigante, mirando hacia la estrella central del Sistema. Llamamos a ese planeta Tierra. ¿Quiénes son ustedes?

— Venimos de un planeta lejano. Hemos tardado tres «ciclos» para llegar hasta aquí.

— ¿Qué es un «ciclo»?

— Es la vida de uno de nosotros...

— ¿Cómo?

Se volvió el profesor hacia los otros y con expresión de indecible sorpresa:

— ¿Se dan ustedes cuenta? ¡Salieron los abuelos y han llegado los nietos...! ¡Es fantástico!

Y colocándose de nuevo ante el micrófono, les preguntó con emoción mal contenida:

— ¿Cuántas astronaves vinieron?

— Once.

— ¿Y las otras?

— Dos se destruyeron, pero el resto ha aterrizado en ese planeta, como nosotros, que despegamos para ver quién se acercaba.

— ¿Podrían enseñarnos el sitio donde aterrizaron? También nosotros desearíamos posarnos sobre la superficie del Planeta Gigante...

— Está bien. Sígannos.

Clark había fruncido el entrecejo y cuando el profesor le ordenó que ciñese el rumbo de la astronave a la de los otros, asintió con la cabeza, haciendo, al mismo tiempo, un gesto a Betty para que le siguiese.

Una vez fuera, en el pasillo y ya de camino hacia la Sala de Mandos, él la tomó nerviosamente por el brazo.

— ¿Qué te ocurre, querido?

— Que no lo entiendo.

— ¿Qué quieres decir?

— Que estoy aterrado, pequeña. Si esos seres han sido capaces de hablar en inglés, intuyendo las palabras que no conocían, por no haberlas nosotros utilizado, es que poseen el tan cacareado poder de la telepatía. Y si son tan tremendamente superiores... estamos perdidos.

Llegaron a la Sala de Mandos y Clark se percató de que, al entrar, Alan y Orson dejaban bruscamente de hablar.

Sin decirles nada, el joven, seguido de Betty, se acercó a la visera de «plexi», a través de la que se veía, perfectamente, la extraña silueta de la astronave que les precedía.

— ¡Fíjate en esas aletas, Clark! — exclamó la muchacha.

— Ya las veo. Y te juro que no entiendo el papel que juegan ahí; más que nada, parecen absurdos adornos... ¡No lo entiendo!

— Somos demasiado inferiores a ellos —dijo Orson— para entenderlo. Eso es lo que ocurre. ¿No lo cree usted así?

Clark se volvió, mirando intensamente al copiloto.

— No se trata de superioridad o de inferioridad

— repuso vivamente—. El asunto ha de mirarse desde otro punto de vista; porque, aunque esos seres fuesen los más superiores del Cosmos, no podían saltarse las leyes físicas...

— ¿Adónde va usted?

— A un final lógico. Todas esas aletas que salen de la astronave no tiene ninguna utilidad.

— ¿Cómo lo sabe?

— Porque no sirven para nada. Porque ni para el equilibrio, ni para la progresión, ni para los giros en las órbitas son necesarios esos absurdos.

Orson sonrió despectivamente.

— Todo eso no demuestra nada...

Clark, que no dejaba de mirar a la astronave que avanzaba ante ellos, observó un tremendo aumento de aceleración, al tiempo que la nave viraba bruscamente, separando su proa más de cuarenta y cinco grados de la trayectoria normal.

—¡Fíjense! —gritó, acercándose al «plexi»—. ¡Se han dejado atrapar por un «torbellino gravitatorio»!

Orson se puso pálido como el papel.

— ¡Hay que prevenirles ahora mismo! — gritó.

Y echó a correr hacia la sala de transmisiones.

Momentos más tarde, la astronave se enderezaba, tomando su posición normal.

— Muy raro... —musitó Clark en voz baja.

— Es posible que su lejana galaxia sea distinta— dijo Alan, que se mordía nerviosamente los labios.

Pero el otro no le escuchó. Dio media vuelta, ajustó los aparatos de control y tomando a Betty de la mano, salió de allí, avanzando decididamente hacia la sala de transmisiones, donde todos los demás seguían reunidos.

El rostro de Orson expresaba una satisfacción plena.

— Deseo decirle algo, profesor —dijo Clark.

Frank se volvió hacia él. Tenía también el rostro sonriente y fue con voz amable que dijo:

— Hable, amigo mío. Acabamos de dar una lección a esos seres. Indudablemente, las condiciones gravitatorias de su galaxia deben ser muy distintas a las de la nuestra.

— De eso era, precisamente, de lo que quería hablarle.

— Diga.

— Llamo su atención, profesor, porque temo que esa astronave no esté tripulada por seres de otra galaxia.

Los ojos de Pallerson brillaron extrañamente.

— ¿Ha perdido usted el juicio?

— No, señor. Estoy convencido, simplemente, de que somos las víctimas de un engaño grosero.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que no comprendo la estructura aerodinámica de la astronave que seguimos, señor profesor.

Orson, que miraba curiosamente al joven, se mordió los labios con rabia; luego, antes de que Frank contestase:

— ¡No he oído necedad más grande en toda mi vida! —dijo—. ¡Un hombre que desea comprender todos los misterios del cosmos como si cualquiera de sus infinitos sistemas fuesen exactamente como el nuestro!

Iba Clark a contestar, cuando el profesor hizo un gesto de impaciencia.

— Estoy de acuerdo con el señor Temper. Haga el favor de dedicarse a dirigir la nave, señor Lewer. Francamente, no entiendo su infantil punto de vista; por eso es mejor que nos deje. Una vez establezcamos relación y conocimiento con esos extraños seres, podremos discutir los detalles con toda tranquilidad.

— Está bien, señor.

Se dirigió hacia la puerta y desapareció en el pasillo metálico que conducía al ascensor de proa.

Betty estuvo tentada de seguirle, pero se arrepintió en el último instante, acercándose decididamente a su padre.

— ¿Por qué le has tratado con tanta rudeza, papá?

— Porque debía hacerlo así, hija mía. Ya te he dicho antes que no puedo comprender que un hombre como él diga las cosas que nos ha obligado a

escuchar. ¿Qué clase de cosas absurdas imagina?

Ella se mordió los labios, convencida de que no lograría nada. Y tomó asiento junto al profesor, prefiriendo dejar solo a Clark, que era lo que más le convenía en aquellos momentos.

La fuerza de atracción de Júpiter aumentaba por instantes, pero los mecanismos automáticos de la astronave controlaban perfectamente su marcha y después de haber obtenido una órbita alrededor del gigante — de forma a evitar la catastrófica caída que se hubiese producido avanzando directamente sobre él—, iba perdiendo altura paulatinamente.

Hubo aún algunas cortas comunicaciones con la astronave que les precedía y Pallerson asistió, con la misma emoción de siempre, a la conversación que Orson mantuvo con los otros.

— ¿Tardaremos mucho en aterrizar, papá?

— Muy poco. Dentro de media hora ya nos habremos posado sobre el suelo joviano.

Intervino entonces el doctor Lebord, que estaba junto a ellos.

— ¿Cree que esos curiosos seres se dejarán observar, profesor?

— ¡Naturalmente que sí, doctor! Nosotros también seremos amables con ellos y, como ya ha podido ver usted, hemos establecido relaciones mucho más provechosas y rápidas de lo que yo hubiese atrevido a pronosticar antes.

— Sí, ha sido una verdadera suerte.

— En realidad, han sido ellos los que se han dirigido a nosotros; eso demuestra que sus intenciones no son, en modo alguno, belicosas.

— ¿Y cómo lo serían? —intervino Orson—. Deben de encontrarse en un gran aprieto, ya que han captado ustedes sus mensajes desde la Tierra.

— Tiene usted razón, Temper. ¡Ojalá podamos serles de alguna ayuda!

— ¿Por qué, profesor?

— Porque todo demuestra que son superiores, muy superiores, a nosotros. El hecho de que hayan conseguido llegar hasta nuestro Sistema, desde sólo Dios sabe dónde, es una prueba de superioridad que no resiste análisis alguno.

— También —dijo el doctor— han asimilado nuestro lenguaje en pocos segundos.

Frank asintió con la cabeza.

— No hay duda de que se trata de unos seres privilegiados. Esperemos que sabrán perdonarnos nuestra vergonzosa y humilde inferioridad. ¿No les parece a ustedes?

Betty, súbitamente atraída por aquel fascinante tema de conversación, se dejó arrastrar por el interés e inquirió:

— ¿Creen ustedes que alguno de ellos se interesará por conocer nuestro planeta?

— ¿Se refiere usted a la Tierra? —preguntó a su vez Orson.

— Sí.

— ¡Indudablemente! Algunos de ellos estarán encantados de conocer nuestra civilización. Aunque no sea como la suya, también hemos hecho cosas bastante interesantes.

— ¡No creo que debamos rebajarnos tanto! —no pudo por menos de estallar Betty —. Después de todo, somos nosotros los que venimos a sacarles del atolladero en que se encuentran y no hemos sido los que han pedido auxilio...

Recordaba las palabras de Clark y estaba harta de aquel «bombo» que todos distribuían, tan generosamente, a los seres desconocidos.

Fue precisamente en aquel momento cuando la voz de Alan sonó en el megáfono de a bordo.

— ¡Hay un cambio de rumbo muy brusco!

Orson pulsó velozmente la televisión interna. El rostro descompuesto de Cabot apareció instantáneamente en la pantalla.

— ¿No está el señor Lewer con usted? —inquirió el profesor.

— No, no está aquí.

Frank frunció el entrecejo y dirigiéndose a Orson exclamó:

— Suba usted al puesto de pilotaje, señor Temper. Voy a conectar la televisión con todas las cámaras de la astronave.

Orson salió velozmente y el profesor empezó a hacer que ante su pantalla fuesen apareciendo todos los departamentos del aparato; al mismo tiempo dejaba que su voz, un tanto imperiosa, sonase en el micrófono, repartiéndose por todos los rincones de la nave:

— ¿Está usted ahí, señor Lewer?

Tuvo que convencerse finalmente y volviéndose hacia su hija, cuyo rostro expresaba una indecible angustia, dijo con voz sorda:

— Ha debido de hacer una idiotez. Ese joven no estaba en sus cabales; ahora estoy seguro de ello.

Ella dio media vuelta para que su padre no sorprendiese las lágrimas que manaban de sus ojos.

Las palabras no le decían ya absolutamente nada.

Porque la realidad era mucho más fuerte y por sí misma expresaba una verdad difícil de comprender.

¡Clark había desaparecido!

Capítulo VI

— ¡Suban todos a la sala de mandos!

Corrieron, mientras la nave cabeceaba, como si luchase contra una tremenda fuerza extraña.

El espectáculo, a través del «plexi», era verdaderamente sobrecogedor.

Júpiter, el inmenso Júpiter, estaba ante ellos, que volaban a un millar de pies sobre la superficie rugosa del planeta, luciendo débilmente bajo la luz del sol, que parecía extraordinariamente lejano.

No era la noche, sino un amanecer de invierno: un conjunto de grises y malvas que luchaban denodadamente contra las sombras; éstas, en las vertientes opuestas a la luz del sol, poseían una negrura impresionante, sin penumbra, cortando bruscamente, sin ninguna transición, al pasar de lo gris a lo tremendamente negro.

No se veían grandes montañas, ni cordilleras. El suelo joviano ofrecía una serie de pequeños y rocosos montículos, allí donde no dominaba la monótona extensión de un desierto que no parecía tener fin.

Sin embargo, en las vertientes que debían estar batidas por la luz solar durante mayor tiempo, la presencia de unas manchas verdes indicaban claramente la presencia de una vegetación que, aunque escasa, daba posibilidad de concebir que allí había vida.

Con los ojos muy abiertos, los astronautas contemplaban aquel inédito espectáculo que, por encima de los detalles más o menos interesantes, imponía como todo lo grandioso, como las cosas que nos acercan, con un estremecimiento de terror, al concepto imposible del infinito.

Poco después, la otra astronave se posaba junto a otras dos, exactamente iguales, aunque más pequeñas, una de las cuales estaba casi completamente destrozada.

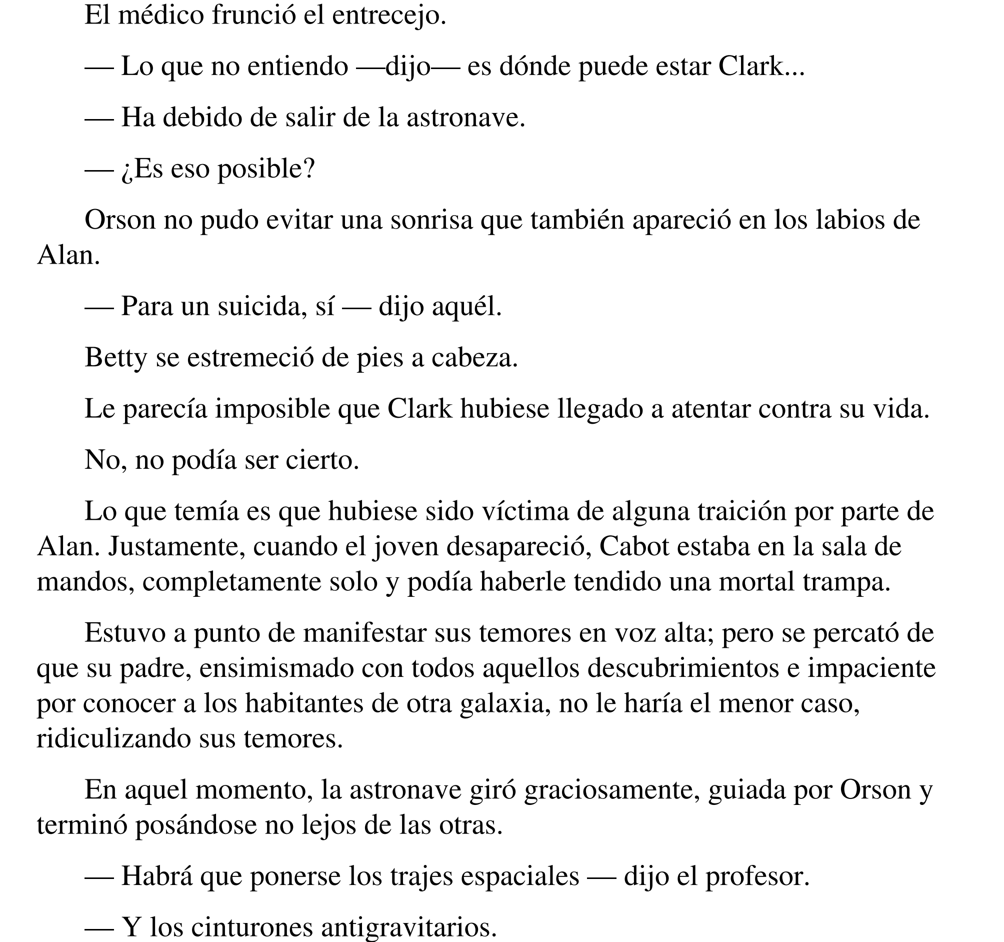
— ¿No dijeron que habían venido más? — inquirió el doctor, rompiendo el silencio que la emoción había impuesto.

— Las otras deben de estar de patrulla — repuso Orson—. ¡Fíjense, ésa está completamente destrozada!

— Sí. Debió de ser la explosión que vieron desde París.

— Estoy deseando ver a esas criaturas — dijo el doctor.

— ¿Y quién no? —repuso el profesor—. No cambiaría este viaje por todo el oro del mundo.



El médico frunció el entrecejo.

— Lo que no entiendo —dijo— es dónde puede estar Clark...

— Ha debido de salir de la astronave.

— ¿Es eso posible?

Orson no pudo evitar una sonrisa que también apareció en los labios de Alan.

— Para un suicida, sí — dijo aquél.

Betty se estremeció de pies a cabeza.

Le parecía imposible que Clark hubiese llegado a atentar contra su vida.

No, no podía ser cierto.

Lo que temía es que hubiese sido víctima de alguna traición por parte de Alan. Justamente, cuando el joven desapareció, Cabot estaba en la sala de mandos, completamente solo y podía haberle tendido una mortal trampa.

Estuvo a punto de manifestar sus temores en voz alta; pero se percató de que su padre, ensimismado con todos aquellos descubrimientos e impaciente por conocer a los habitantes de otra galaxia, no le haría el menor caso, ridiculizando sus temores.

En aquel momento, la astronave giró graciosamente, guiada por Orson y terminó posándose no lejos de las otras.

— Habrá que ponerse los trajes espaciales — dijo el profesor.

— Y los cinturones antigravitarios.

— ¿Para qué sirven? —inquirió el doctor.

— Para poder vencer la fuerza de atracción. Están construidos a la inversa de los que se utilizan en la Luna. Allí, el cuerpo humano pesa mucho menos que en la Tierra y ha de «lastrarse», como hacen los buzos con sus suelas de plomo bajo el agua; aquí, por el contrario, pesamos muchísimo más que en nuestro planeta y hemos de llevar unos cinturones cargados de helio: una especie de flotadores.

— Comprendo.

— Vamos a bajar. Estoy deseando ver a esas criaturas.

Con los trajes espaciales, dotados de escafandras y aparatos transmisores-receptores de radio, los miembros de la expedición, excepto el desaparecido Clark, descendieron por la rampa de babor, posando los pies en el calcáreo suelo joviano.

Desde abajo, desde el suelo, la claridad era mayor, pero ni con mucho la de la Tierra. Se seguía experimentando la sensación de estar en el alba.

Avanzaron, torpemente al principio, hasta acostumbrarse a los incómodos trajes que, a pesar de la masa de helio que les hacía flotar, no lograban vencer totalmente la sensación de opresión a los que les sometía la tremenda fuerza de la gravedad en el planeta gigante.

Se acercaron lentamente a las otras astronaves, conteniendo apenas la emoción.

De repente, cuando una rampa, en todo semejante a la de su propio navío del espacio, surgió de la astronave que les había precedido, la emoción llegó al máximo y se detuvieron, con las bocas entreabiertas, como si esperasen asistir al más inconcebible espectáculo.

Estaban lo suficiente cerca de la astronave y cuando las criaturas descendieron, las mejillas de casi todos se empurpuraron de sorpresa.

— *¡Son hombres como nosotros!* — exclamó el doctor.

Los «otros» avanzaron hacia ellos y el que venía delante, de gran estatura y corpulencia, saludó:

— ¡Bienvenidos a Júpiter, señores!

Los otros, aún bajo el efecto de la sorpresa, no contestaron a aquel inesperado saludo.

El profesor fue el primero en decir:

— ¿Quién es usted?

— Me llamo Joe Kimball, señor profesor.

— ¿No son ustedes... de otra galaxia?

La carcajada hizo vibrar desagradablemente los auriculares de todos los cascos.

— ¡Soy de Kansas, profesor! Si considera a América perteneciente a otra galaxia, entonces estaremos de acuerdo...

— Pero... ¿ese lenguaje que hablaban, de qué lengua se trataba?

— ¡Puro «camelo», profesor!

— Y las astronaves.

— Esas dos son de cartón-piedra. En cuanto a los adornos de ésta, también son ficticios.

Frank tragó saliva con dificultad.

— No comprendo — dijo —. Se trata de una broma que no llego a entender.

— No se trata de ninguna broma.

— ¿Entonces?

— ¿Recuerda usted en qué clase de trabajos se especializó antes de ser el director del observatorio radiotelescópico de Londres?

— ¿A qué viene esa pregunta?

— Contéstela primero.

— Fui mineralogista...

— ... y se especializó...

— ...en el uranio y sus sales radiactivas.

— ¡Eso lo explica todo, profesor!

— ¿Todo? Sigo sin entender.

— En seguida le aclararé lo que no comprende. Júpiter, aunque le extrañe, es el planeta más rico en uranio. Usted puede ahorrarnos muchos trabajos si se decide a colaborar con nosotros.

— ¡Pero si yo no estoy dispuesto a colaborar con gente de su clase!

— Eso es mucho decir. Usted hará lo que se le mande.

Loco de furia, el profesor desenfundó su pistola.

Pero una presión desagradable en su espalda le hizo volverse, sorprendiéndose al ver que era Orson quien le encañonaba.

— ¿Usted? ¿Usted, señor Temper?

— Sí. Yo he sido quien ha organizado todo esto. Naturalmente, tuve la suerte de llegar a tiempo, para aprovechar la coyuntura de su salida hacia aquí.

Frank miró a Alan, que había desenfundado igualmente el arma y que se hallaba un poco detrás de Orson.

— ¡Dispare contra este canalla, Alan! —gritó desesperadamente.

Mas el arma de Cabot describió un claro semicírculo, apuntando directamente al doctor.

— Lo siento, profesor —dijo con voz desenfadada—. Estoy al lado de los fuertes.

— Él fue quien hizo posible que yo formase parte de la expedición y que pudiese dictar mis instrucciones a mis colaboradores que estaban en Marte —aclaró Orson.

Los ojos del doctor lanzaron chispas. Y, de la misma manera, rugió también el profesor.

— ¡Canalla! ¡Yo que tenía puesta toda mi confianza en usted!

Alan dejó oír una risita nerviosa.

— La estúpida de su hija tuvo la culpa, profesor...

— ¿Quién, Betty?

— Sí. Se enamoró locamente de ese imbécil de Clark. Y ya le dije que le pesaría.

El profesor bajó la cabeza, vencido definitivamente, dándose cuenta de la trágica grandiosidad de su error.

Pero el doctor, con los dientes apretados, dijo:

— ¡Clark tenía toda la razón! ¡Debimos hacerle caso y destruir esa astronave!

— No cuente usted con los muertos —rezongó Orson.

— ¿Lo han matado?

— ¿Nosotros? No. Habrá sido él solo quien haya puesto fin a su estúpida vida. Era un cobarde.

Un doloroso sollozo sacudió el pecho de Betty al oír aquellas palabras.

Orson la miró, sin pestañear; luego, dirigiéndose a los demás:

— Hagan el favor de seguirme, señores. Desde ahora, vivirán en nuestra astronave...

* * *

Clark se había ocultado en uno de los espacios destinados a las reservas de oxígeno. Escogió uno de los que se habían vaciado por completo e hizo una pequeña derivación para no morir asfixiado.

La posición era bastante incómoda, pero mereció la pena el sufrir un poco, ya que cuando los astronautas abandonaron la astronave, pudo salir de allí y asistir a la escena del «recibimiento» por parte de los otros, comprendiendo perfectamente que no se había equivocado.

Gracias a su propio casco, dotado de radio, pudo oír toda la conversación, enterándose así de la horrenda traición de Alan y de los proyectos de Orson.

Estuvo tentado de salir y disparar contra toda aquella banda de granujas; pero, pensándolo mejor, se dijo que no podría matarlos a todos y que, sin duda alguna, había otros escondidos en los alrededores vigilando a los temerarios exploradores.

No se equivocaba.

Cuando, aprovechando que se llevaban a los otros hacia la astronave pirata, salió de *La Estrella Azul*, descubrió a otros bandidos que se replegaban hacia la astronave. Orson lo había calculado y preparado todo exactamente para evitar cualquier eventualidad entre los miembros de la expedición.

Se alejó rápidamente de aquellos lugares.

Había tenido la precaución de agregar a su traje espacial un propulsor individual, que le hacía avanzar rápidamente y llevaba también provisiones y agua —en estado sólido— para varios días.

Estaba casi seguro de que los bandidos no tomarían medidas drásticas, al menos por el momento, con los miembros de la expedición. De la conversación que había escuchado dedujo que utilizarían los conocimientos del profesor para hallar los yacimientos de uranio y que por lo tanto, no atentarían contra la vida de nadie.

Podía, por lo tanto, dedicarse a lo que tan ansiosamente deseaba: la busca de su hermano y los desdichados que le acompañaban.

— ¿Por qué tenía aún la esperanza de hallarles con inda?

Hubiese tenido mucha dificultad si se hubiera visto obligado a contestar concretamente a tal pregunta.

Pero, de todos modos, la esperanza seguía latiendo con fuerza en su pecho y algo le impulsaba a seguir hacia adelante, sin saber, ni remotamente, hacia dónde se dirigía...

La fisonomía del paisaje joviano era igual por todas partes: los mismos montículos solitarios, puntiagudos, de probable origen volcánico y los intervalos desérticos donde, a pesar de la incierta luz de aquel día, el suelo poseía un cierto tono rojizo.

Avanzó durante todo el día de Júpiter.

Al llegar la noche, una noche como ninguna mente humana puede concebir, tan intensa era la negrura, Clark se apoyó en uno de los montículos, escalando hasta su cúspide, donde juzgó mejor esperar la llegada del nuevo día.

Luchó contra el sueño, despertándose bruscamente, con una rara sensación de angustia en el pecho.

Al abrir los ojos, vio la misma oscuridad total a su alrededor. Tampoco oyó ruido alguno y aquello le tranquilizó bastante.

Luego, repentinamente...

La luz, aun siendo diminuta, le obligó a cerrar casi totalmente los ojos tan

intensa era la negrura restante. Después, haciendo un esfuerzo, divisó otras luces, todas minúsculas, que se movían lentamente por la base del montículo rocoso sobre el que se había refugiado.

«Deben de ser luciérnagas —se dijo— o algo semejante; pequeños insectos luminosos.»

Estuvo tentado de capturar uno de ellos, para reservarlo como fuente de estudio para el profesor; pero algo le hizo permanecer quedo, observando, con una curiosidad creciente, los extraños movimientos de aquellos «insectos».

En efecto, los focos luminosos giraban de una manera verdaderamente sorprendente, como si la cabeza del animal se moviese alrededor de un eje. Era algo fantástico.

Le extrañó mucho aquella forma de movimiento y descendió con cuidado, procurando hacer el menor ruido posible, de manera a observar más detalladamente aquella rara forma de vida luminosa.

Había descendido unos cuantos pasos, en el mayor silencio, cuando todos los focos se proyectaron sobre él, iluminándole los dos tercios inferiores del cuerpo. Al mismo tiempo, *su propia voz sonó* en el interior de su cráneo.

— ¿Quién eres?

Se sorprendió tanto, que no se percató de que mentalmente y sin poder hacer nada para evitarlo había contestado ampliamente a la pregunta que de forma tan misteriosa acababan de formularle.

Por eso al oír la respuesta, se sobrecogió, como si ya no fuese dueño de sus propias ideas.

— Hemos comprendido que eres de la Tierra y también sabemos que has venido, en compañía de otros como tú, a ayudarnos.

— ¿Cómo sabéis todo eso? —inquirió, hablando en voz alta, sin necesidad.

— Hemos establecido contigo un contacto telepático, el único lenguaje intergaláctico que existe.

— ¿Quiénes sois?

— Venimos de lo que vosotros llamáis Galaxia M-233.

— ¡Es imposible!

—¿Por qué?

— Porque la luz tarda en llegamos siete siglos desde esa galaxia; es una de las más alejadas del Universo. Además, nadie puede viajar a la velocidad de la luz. La materia dejaría de existir.

— Eso es verdad, pero nosotros utilizamos el «inter-espacio».

— ¿Qué es eso?

— Algo que no comprenderías jamás: lo leemos en tu cerebro. Pero eso no es lo verdaderamente importante. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Para qué?

— «La-Plus» desea verte.

— ¿Quién es?

— Nuestro jefe supremo.

— Tendremos que esperar a que sea de día.

— No es necesario. Hemos leído en tu mente que habías olvidado tu foco eléctrico en la astronave.

— ¿Qué haremos entonces?

— Síguenos. Iluminaremos tu camino.

Así lo hizo el joven, todavía conmovido y turbado por el extraordinario descubrimiento que acababa de hacer.

A pesar de *no haberles visto*, se imaginaba lógicamente a aquellos seres de la lejana galaxia como seres diminutos, dotados de una inteligencia portentosa y en ninguna manera movidos por intereses belicosos.

En efecto, los diminutos seres procuraban, aunando la potencia de sus focos, iluminar lo más ampliamente el camino que él recorría y ni una sola vez tropezó o tuvo que poner los pies en una zona oscura.

¿Cómo podían orientarse ellos?

— Lo hacemos telepáticamente —fue la respuesta que oyó en su mente —. «La-Plus» está emitiendo, sin cesar, para guiamos.

Tuvo que andar tremendamente despacio, ya que aquellas criaturas se movían con una desesperante lentitud. Luego, al cabo de cerca de dos horas del más fatigante camino que hubo recorrido en su vida — ya que tenía que ir lentísimamente—, los focos se detuvieron y una voz, quizá más vibrante que las otras, sonó en su cerebro.

— ¡Bienvenido, terrícola!

— ¿Eres «La-Plus»?

— Sí. Y os agradezco profundamente, a ti y a todos los que han sido vilmente engañados por los otros, que hayáis venido a este planeta para ayudarnos...

Clark sintió, sin saber exactamente por qué, que la voz del invisible jefe

sonaba un poco temblona al final. Y pensó si era por causa del miedo.

Iba a formular abiertamente la pregunta, cuando la voz tornó a sonar en su conciencia.

— Sí. Es el miedo el que nos tiene paralizados. Por eso pedimos ayuda.

— ¿Miedo a qué?

— Al más horrible peligro que jamás hubo en el espacio: A la «*Masa*».

Capítulo VII

Sacaron un coche-oruga de la astronave y el hombre de dimensiones atléticas, el llamado Joe Kimball, se puso al volante.

Detrás, en la primera fila de asientos, el doctor y el profesor y en la segunda, armados hasta los dientes, al igual que el conductor, iban Alan y Orson.

El vehículo, dotado de aire acondicionado y cubierto totalmente por un caparazón de «plastic» transparente, permitía que sus ocupantes se desposeyesen de sus escafandras, pudiendo así comunicarse entre ellos sin necesidad del aparato de radio personal. Además, los grupos de asientos estaban separados por gruesas láminas de «plexi», que los hacían completamente aislados.

Se alejaron rápidamente de la zona donde se hallaban las astronaves, penetrando en un inmenso desierto sobre el que la luz dejaba un reflejo vivamente rojizo.

— ¿Qué piensa usted hacer, profesor? — inquirió el médico después de un largo rato de silencio.

— ¿Qué quiere usted que haga? Ellos desean que les ayude a descubrir los yacimientos de uranio. Ya ha oído a ese Orson: nos ha prometido libertad completa y que nos dejará en una de las bases lunares si le obedecemos.

— ¿Cree usted a ese granuja?

— ¿Qué puedo hacer? Con promesas falsas o verdaderas, hemos tenido la fatalidad de caer en las manos de unos canallas, mil veces peores que los habitantes de cualquier posible mundo. Estoy avergonzado, doctor.

—¿De qué?

— De no haber hecho caso a Clark. Ese muchacho nos demostró ser mucho más inteligente que todos nosotros. Si le hubiésemos escuchado, jamás habríamos caído en las garras de esos sinvergüenzas.

— Ahora no hemos de pensar en lo que ya pasó.

— ¿Por qué dice usted eso, doctor?

— Porque, desdichadamente, no podemos contar con Clark. Fue la primera víctima de esos granujas.

Los ojos del profesor se encendieron bruscamente.

— ¡No lo creo! —exclamó con pasión—. ¡No puedo creer que ese muchacho haya caído tan estúpidamente en una celada! Clark debe vivir o

debe ocultarse en cualquier sitio.

— Desvaría, profesor. ¿Dónde puede ocultarse un hombre?

— En la astronave.

— ¡Pero si la registraron ayer de arriba abajo!

— Sí, es verdad. Pero el joven tuvo tiempo de ponerse a salvo. No seamos demasiado pesimistas, amigo mío. Clark no era lo estúpido que fuimos nosotros y, por lo tanto, tuvo tiempo de escaparse. Además, ¿quién cree usted que podía vencerle? ¿Alan? ¡Ese es un cobarde miserable, incapaz de hacer frente a un hombre como el otro!

— Ojalá tenga usted razón, profesor. Si Clark está vivo, nuestras esperanzas no se han terminado aún.

Se detuvo el coche-oruga y Orson golpeó la pared de «plexi», ordenándoles por señas que se pusiesen las escafandras. Luego, cuando lo hubieron hecho, la cubierta superior de plástico se levantó automáticamente y todos salieron al exterior.

Se hallaban en pleno desierto joviano. Sólo a la derecha y no muy lejos de allí, algunos macizos rocosos levantaban su erecta silueta.

Orson era portador de un contador Geiger y, alejándose de los otros, habló durante unos minutos con Kimball, utilizando una sintonía especial, ya que los otros no oyeran absolutamente nada de aquella conversación.

Se dirigió después hacia el profesor.

— Ésta es la zona que mi amigo Kimball ha investigado recientemente, profesor — dijo —. Según marca el Geiger, la cantidad de uranio empieza a ser del mayor interés.

Y acercó el aparato al rostro del profesor para que éste pudiese ver las oscilaciones de la aguja.

— Así es, en efecto —dijo Pallerson.

— Lo que necesito — arguyó el otro — es que usted precise la dirección de la veta. No podemos empezar a excavar al buen tuntún. Necesitamos saber concretamente dónde se halla el centro del yacimiento.

— Necesitaré tres contadores más.

— He traído media docena. ¿Cómo va a hacerlo?

— Por triangulación de intensidades. Lo sabremos en seguida.

— Así me gusta, profesor. ¡Eso es portarse bien!

No contestó verbalmente Frank, limitándose a emitir un ininteligible gruñido.

Trabajó, eso sí, con el mismo entusiasmo que ponía en todos los problemas que se le planteaban. Hasta llegó a olvidar, enfrascado en su emocionante labor, que estaba colaborando con hombres fuera de la ley.

Antes de transcurrir las dos horas de haber comenzado, tenía ya precisado en el plano el núcleo de uranio en donde se reunían las más importantes vetas.

En aquel punto de terreno, los contadores Geiger saltaban como locos.

— ¿Se da usted cuenta —dijo el profesor— de lo tremendamente peligrosa que va a ser la explotación en esta zona?

— ¿Usted cree?

— Sí. Es tal la fuerza radiactiva de este mineral, que las personas que lo extrajesen, aun estando fuertemente protegidas, no podrían resistir mucho tiempo sin experimentar los síntomas de algunas enfermedades degenerativas.

Orson no contestó nada y se alejó hacia Kimball, que estaba junto al coche-oruga. Al acercarse, cambió la sintonía de su aparato transmisor que, como el del otro, estaban especialmente construidos.

Alan se acercó también a ellos.

Esperó pacientemente a que terminasen de hablar y luego, acercándose a Orson, le tocó ligeramente el brazo.

Cambió el otro la sintonía de su receptor para preguntar:

— ¿Qué desea?

— Hablar con usted.

— Venga al coche.

Ya en el interior de uno de los compartimientos estancos del vehículo, dijo con cierta vehemencia:

— ¡Deseo conocer sus propósitos respecto a los dos prisioneros!

— De eso estaba hablando, precisamente, con Kimball.

— ¿Qué han pensado hacer?

— Nada... por ahora.

— ¿Qué quiere usted decir?

El otro le miró con una cínica sonrisa en los labios.

— Joe quería dejarles aquí ahora mismo —dijo, sin separar su mirada de los ojos de Cabot.

— ¡Eso es imposible! —exclamó el otro—. Debe usted respetar los acuerdos que ambos hicimos en la astronave. Si se trata del doctor, me importa un bledo lo que pueda ocurrirle, siempre y cuando que el profesor no

se entere por sí mismo de su castigo. Ya le dije que, cueste lo que cueste, el profesor ha de vivir con nosotros. De otra manera, Betty no me miraría jamás a la cara, aunque estuviésemos juntos cien siglos. Por otra parte, si tenemos al profesor a nuestro lado, llegará a entusiasmarse con el trabajo que le encomendemos: le conozco perfectamente. Y puede sernos de una utilidad extraordinaria, ya que hay pocos hombres en el mundo que sepan lo que él sabe sobre el uranio.

Orson había dejado de sonreír y frunció el entrecejo.

— Creo que lo que dice usted es muy razonable. Haremos eso: eliminaremos a ese estúpido médico en cualquier momento y guardaremos al profesor para utilizarle en nuestros asuntos. ¡Buena idea, Alan!

— Gracias...

— ¿Salimos fuera? Quiero echar otra ojeada a este fabuloso yacimiento.

— ¡Es verdaderamente colosal! ¿Cómo piensa usted poder vender toda esta riqueza, Orson?

— Ya lo verá. Es relativamente fácil. Más ahora que tenemos dos astronaves. Vamos fuera.

Empujó la puerta y saltó el primero, viendo llegar hasta él, a toda velocidad, a Joe Kimball, cuyos ojos estaban curiosamente desorbitados.

— ¡Ayúdame a quitarme esta escafandra, Orson! — gritó, nada más llegar.

—¿Te has vuelto loco?

— El profesor y el médico lo han hecho ya... ¡Me estoy ahogando, Orson. Algo ha debido estropearse en la llave de este maldito aparato y no puedo quitármelo. ..

— ¡Pero si la atmósfera no es respirable!

Fuera de sí, Kimball desenfundó la pistola y apuntando al pecho de su compañero, dijo:

— ¡O me quitas esto, o te lleno el cuerpo de plomo!

Orson palideció; después, obedeciendo al otro, le quitó la escafandra rápidamente.

El rostro de Joe estaba congestionado.

Como había conservado sus auriculares y su micrófono, Orson, que le miraba aterrado, esperando verle caer muerto de un momento a otro, le preguntó:

— ¿No te ahogas ahora, Joe?

El otro sonrió.

— Ya te he dicho que los otros dos se quitaron también la escafandra. Debían ahogarse como yo...

Alan, pálido como la muerte, escuchaba aquellas fantásticas manifestaciones, sin comprender nada, pero íntimamente aterrado, como si algo, que no relacionaba aún, le hiciese sabedor del horrendo peligro que les amenazaba.

Fue entonces cuando, mientras miraba a Orson, sintió que se ahogaba y un lamento terrorífico se escapó de sus amoratados labios.

— ¡Me ahogo!—dijo.

Orson se estaba quitando la escafandra, con el rostro descompuesto, y él le imitó, temblando de miedo ante la carencia de atmósfera de Júpiter.

— ¡Vamos a morir todos! —musitó.

Pero, al exponer libremente su cabeza al exterior de la escafandra, experimentó una rara y apaciguante sensación, notando que respiraba sin dificultad.

— ¿No os aprietan un poco los trajes espaciales? — inquirió Joe.

Era verdad.

Parecía haberse encogido de repente y, sin poderlo soportar, tuvieron que desnudarse por completo.

— Qué raro es todo esto —dijo Orson, hablando sin necesidad del aparato de radio.

— Sí — dijo Alan —, es tremendamente extraño; pero, al mismo tiempo, noto que puedo respirar con una gran facilidad, lo que demuestra que la atmósfera de este planeta, contra todas las previsiones científicas, es perfectamente respirable.

— ¡Eso no es verdad!

La voz, inesperada y llena de tremendas inflexiones, les hizo volver la cabeza al unísono.

El doctor y el profesor se acercaban.

Había sido el médico quien había hablado y ellos se le quedaron mirando, intranquilos al comprobar la terrible expresión de su rostro.

Una sonrías entreabrió sus labios.

— ¡Se acabaron los grandes sueños, Orson!

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que has recibido el castigo que merecías. Ya no podrás gozar de las riquezas que ambicionabas...

— ¡Está usted loco!

— ¿Loco, eh? Acércate al coche-oruga, por favor...

—¿Para qué?

— ¡Acércate!

El otro obedeció, sin poder hacer nada para impedirlo. Una extraña sensación de angustia se estaba apoderando insensiblemente de él.

Se colocó al lado del vehículo.

— ¿No notas nada? —inquirió el médico.

El otro miró al coche y, ciego por el miedo, no observó nada extraordinario.

Al ver que iba a separarse nuevamente del vehículo, el médico se acercó decididamente a él.

— ¡Fíjate, imbécil! ¿Podrías entrar por la puerta por la que has salido hace poco?

Fue entonces cuando una especie de sollozo brotó de la garganta de Alan. Se mesó desesperadamente los cabellos.

— ¡Ahora comprendo todo! — exclamó con acento lastimero en la voz, trémula y sin fuerza—. ¡Es la horrible enfermedad de la que nos habló Clark!

— ¡Eso es! ¿Es que estabais ciegos para no daros cuenta?... *¡Estamos creciendo y nuestros cuerpos empezarán a adquirir una forma monstruosa dentro de poco!*

— Pero... — balbució Orson —. ¿Por qué?

— ¡Es la radiactividad del uranio! La atmósfera de Júpiter sigue siendo irrespirable para los humanos normales... *¡Pero nosotros no somos ya normales!* La radiactividad ha penetrado en nuestra sangre, modificando nuestro metabolismo por completo. Por eso podemos respirar en estas imposibles condiciones... *¡Ya no somos seres humanos!*

Hubo un corto silencio; de esos silencios que parecen anunciar el definitivo acabamiento de las cosas.

Luego, Orson, que no dejaba de mirarse el cuerpo, lanzó un aullido:

— ¡Me salen bultos en los brazos!

Era verdad y para todos ellos. La piel se dilataba y grandes bolsas serosas empezaban a deformar horriblemente la anatomía de aquellos desgraciados.

—¡Volvamos a la base! —rugió Alan, con la mirada extraviada.

Pero el profesor, que había permanecido en silencio hasta aquel instante, corrió hacia él, tumbándolo de un formidable puñetazo.

— ¡Canalla! ¿Para qué quieres volver a la base? ¿Deseas que Betty contraiga la tremenda enfermedad que nos aqueja? ¿Y eras tú quien la querías tanto?

— ¡Qué me importa a mí Betty!

El doctor detuvo al profesor, que deseaba seguir golpeando a Cabot.

— No se moleste, querido amigo. Nadie podrá regresar a la base. ¿No recuerda lo que predijo Clark? Ninguno de nosotros, con el tamaño que estamos adquiriendo, podrá utilizar ese vehículo. Y sin él, jamás llegaríamos hasta la base. Por otro lado, nuestras manos, ya monstruosas, serían incapaces de manejar los aparatos de transmisión, que han quedado ridículamente pequeños para nosotros...

— Tiene usted razón.

Otro silencio, tan intenso como los anteriores, cayó sobre ellos. Los rostros de Orson, Joe y Alan expresaban la desesperación más intensa; en los de los dos hombres de ciencia se leía, por el contrario, una serena resignación ante algo que nadie podría modificar jamás.

Entonces fue cuando Pallerson, al echar una mirada hacia las rocas, *los vio avanzar*.

— ¡Mirad! —gritó.

Se volvieron todos, contemplando con horror el avance de una especie gigante de seres deformes, monstruosos, con los miembros dilatados por terribles gibas.

Tenían más de cinco metros de altura y andaban lentamente, arrastrando sus pesadísimos cuerpos. Sólo, en el fondo de sus abotargados rostros, cubiertos también de bultos brillantes, la mirada seguía poseyendo una luz trágicamente humana.

Se fueron acercando, sin dejar de mirar, con una curiosidad creciente, a los hombres allí reunidos, junto al vehículo.

— ¿Qué han hecho ustedes, desgraciados? —inquirió, en un inglés correcto—. ¿Por qué han venido aquí?

El doctor, más decidido que los demás, le explicó a grandes rasgos cuanto les había acontecido.

Al oír el nombre de Clark, aquel monstruoso gigante tembló de pies a cabeza.

— ¡Mi hermano aquí! ¡No puede ser! ¡Hay que impedir que se acerque a este maldito lugar!

— Ya habéis oído, amigos. Clark está en Júpiter. Tendremos que poner en práctica nuestro viejo procedimiento. Después de todo, esta vida nuestra no merece el menor esfuerzo. Y hemos de evitar, cueste lo que cueste, que los otros seres humanos, que han cometido la locura de venir a este planeta, caigan en el mismo cepo que caímos nosotros.

Alan se adelantó hacia ellos y miró al último, que iba cargado con un tremendo aparato, cuyo peso hacía estremecer.

— ¿Qué van a hacer ustedes?

— Provocar la explosión de todo este uranio...

— ¡Pero, moriremos todos!

— Nada perderán; se lo aseguro. Todavía no conocen los suplicios que nosotros hemos padecido. Tampoco nosotros queríamos morir; pero hoy se impone un sacrificio por los que, equivocados como nosotros, se acerquen a este maldito lugar...

— ¡Usted no hará eso!

Había avanzado demasiado y el gigante no tuvo más que extender el brazo, sin ningún esfuerzo visible.

Alan salió disparado, con el cráneo deshecho.

— Éste ya no tendrá más miedo — dijo el gigante. Habían colocado, entretanto, el aparato junto a la veta del uranio y el hermano de Clark, con gesto cansado, hizo un ademán...

El otro impulsó una palanca...

Capítulo VIII

Clark inquirió:

— ¿Qué es eso de «La masa»?

— El ser más extraño que nadie ha podido concebir. Según nuestros cálculos, se formó en los espacios interestelares. En realidad, no tiene cuerpo, en el propio sentido de la palabra. Está constituido por átomos dispersos que, procedentes de mil puntos distintos del espacio, fue capturando la *masa*.

— ¡Entonces no es más que un trozo, más o menos grande, de materia inerte!

— Eso es lo que creíamos nosotros. Pero, en realidad, hay algo más que átomos dispersos en esa monstruosa criatura. Una inteligencia y una vida, que han sido lo que le han impulsado a matar para alimentarse.

— ¿Es posible?

— Sí. Esos átomos, dentro de la *masa*, poseen, indudablemente, una vida, aunque nosotros no podamos concebir su esencia; pero lo real y lo terrible es que la *masa* se nutre de los átomos de otras criaturas, como tú o como nosotros.

»Al llegar a nuestra galaxia, hizo destrozos tan enormes, que sólo el grupo que me acompaña salvó la vida. Conseguimos huir, pero vanamente... Moviéndose en el espacio a una velocidad increíble, ya que sus átomos se lo permiten, la *masa* nos siguió, al no encontrar, en los mundos intermedios, criaturas que saciasen su apetito cósmico.

— ¿Cuántos sois?

— Doscientos. Pero lo malo no está en nuestro número, sino en que, al penetrar en la Vía Láctea, los materiales de nuestros propulsores, por un mayor enrarecimiento del éter, se fueron estropeando y por eso quince de nuestras astronaves se estrellaron contra la superficie de este planeta.

»Desde el espacio vimos a la *masa* cebarse con los restos de nuestros hermanos...

— ¿Cómo es la *masa*?

— Una especie de nube densa, que puede adquirir las formas más diversas y hasta emitir larguísimos tentáculos que, al posarse sobre las criaturas, las atomiza, disolviéndolas en el aire.

Amanecía en aquellos instantes y Clark pudo ver, por vez primera, a sus fantásticos interlocutores.

Eran minúsculos, de no más de un pie de altura, pero sus formas y aspecto eran completamente idénticos a los humanos. También le sorprendió el hecho de que el que había hablado en nombre de todos, el indiscutible jefe, era una mujer de gran belleza.

Dentro de su curiosa pequeñez, la armonía de los rasgos y la nobleza de las líneas le admiró profundamente. No, indudablemente, aquellos seres de otra galaxia eran naturalmente buenos e inteligentes.

Ellos, que merced a sus profundos conocimientos telepáticos, podían leer los pensamientos del joven, sonrieron al interpretarlos y «La Plus», la primera dama de aquella fantástica corte, dijo:

— Desde que te descubrimos esta noche, nuestros matemáticos han hecho muchos cálculos, llegando a la conclusión de que, cuando salimos de la galaxia *éramos de tu mismo tamaño*.

— ¿Cómo puede ser posible?

— Debido a lo que dijiste antes. Nosotros no hemos logrado la velocidad de la luz, *en la que toda masa desaparece;* pero, al atravesar el interespacio, nos hemos aproximado bastante, logrando cerca de los doscientos mil kilómetros por segundo...

— ¡Qué barbaridad!

— Esto ha hecho que nuestro tamaño, así como el de nuestros aparatos y astronaves, se haya ido reduciendo de esta manera, hasta alcanzar la ridícula talla que tenemos ahora...

Adivinó Clark una luz de tristeza en los ojos de aquella bella mujer.

— De todas formas —prosiguió diciendo «La Plus»—, nuestros biólogos están seguros de que iremos creciendo, si nos quedamos a vivir en vuestro sistema y que, dentro de medio centenar de generaciones, nuestros descendientes conseguirán poseer la talla humana normal para esta parte del universo. Lo fundamental es escapar a la *masa*.

— Yo estoy dispuesto a ayudaros.

— Lo sabíamos y te estamos agradecidos. ¿Tienes algún plan?

— Sí, uno. Escapar de Júpiter —así llamamos a esta planeta— y regresar a mi mundo, a la Tierra, donde poseemos armas capaces de defendernos contra la *masa*.

Ella movió tristemente la cabeza.

— No creo que puedas contra esa infecta Bestia; pero, de todos modos, quizá tengamos la suerte de escapar, al menos por el momento, de sus inmateriales garras. Nuestros físicos la han estudiado lo bastante para, en colaboración con vuestros hombres de ciencia preparar un plan

desesperadamente defensivo.

— Eso me parece lo mejor. Pero soy yo, como sabéis si habéis leído en mi subconsciente, el que necesita la primera ayuda. Hay dos astronaves, pero con una sola tendremos bastante, dado vuestro reducido tamaño. Lo malo es que están en poder de unos bandidos.

— Nosotros los eliminaremos.

— ¿Sabéis dónde están las naves del espacio?

— Sí. Y te llevaremos allí. Podrás ir sentado sobre uno de nuestros aparatos. Queda poca energía, por lo que te dije antes, pero la suficiente para llegar hasta allí. Te dejaremos en las proximidades, mientras los míos eliminan a esos bandidos.

— Hay una mujer entre ellos; una mujer que significa mucho para mí. Y dos hombres a los que tampoco quiero que les ocurra nada.

— No temas. Nosotros somos capaces de leer en las mentes y sabremos quiénes son los que te odian y quiénes los que te aman; aquéllos morirán sin remedio; a éstos no les ocurrirá nada malo.

— Muchas gracias.

— Ven con nosotros. Vamos a preparar la marcha.

Moviéndose con infinito cuidado, Clark siguió a aquellas minúsculas criaturas, recordando, con una divertida sonrisa, las aventuras de Gulliver en el país de los pigmeos.

Parecía, en efecto, el héroe de la famosa novela, gigantesco al lado de aquellos seres que iban ante él, dirigiéndole, de vez en cuando, admirativas y simpáticas miradas.

Las cinco astronaves de los galácticos estaban medio ocultas detrás de uno de los montículos jovianos. Y, tanto por su forma, como por su complicación, le parecieron al joven muchísimo más potentes que todo lo que el hombre había creado en materias de astronáutica.

Ahora, después de la «contracción» sufrida por efecto de la fantástica velocidad que habían alcanzado, medía aproximadamente unos cuatro metros de diámetro y tenían una forma que recordaba vagamente a los célebres «Platillos Volantes» de los que tanto se había hablado en el siglo precedente.

Curioso, Clark se echó al suelo, mirando por una de las compuertas y pudo admirar la maravillosa perfección de cuanto allí dentro podía ver. Indudablemente, aquellas astronaves, al poseer un tamaño normal, hubiesen dejado en ridículo a *La Estrella Azul*.

Obedeciendo a las instrucciones de sus nuevos amigos, tomó asiento sobre una de ellas, afianzándose como pudo el complejo sistema de antenas

que brotaban de su metálica superficie.

Luego, cuando todos los galácticos estuvieron en el interior de los aparatos, éstos se elevaron suavemente, no separándose mucho de la superficie y deslizándose, por así decirlo, por entre los montículos, de manera a pasar desapercibidos.

La travesía no fue muy larga y la astronave sobre la que iba sentado el joven Lewer se posó, poco después, detrás de un montículo, en las proximidades del lugar donde se hallaban las tres astronaves: la dos reales y la de cartón piedra que, para engañar a los expedicionarios, había mandado construir Orson.

* * *

Thomas Laughton había quedado, en compañía de Ferruson y Cower, guardando a la muchacha, secundado por otros cuatro que, como de costumbre, jugaban a las cartas en el interior de la astronave.

Orson había dado orden de que ninguno de ellos penetrase en *La Estrella Azul*. Deseaba conservar aquel maravilloso aparato, que sabía era mucho más potente y perfecto que la vieja nave pirata que él poseía.

Acababa de alejarse el coche-oruga, para investigar los yacimientos de uranio, cuando Cower, el eterno descontento, refunfuñó algo, que hizo que Thomas se volviese hacia él.

— ¿Qué diablos te ocurre?

Estaban sentados en el amplio salón de la astronave, herméticamente cerrada, bebiendo y fumando tranquilamente.

— Lo de siempre —repuso el otro—. Llevamos cuatro años haciendo los idiotas y casi tres sin aparecer por la Tierra. Vivimos peor que presos y hemos pasado meses y meses de horror en Marte y ahora, como premio, Orson nos reserva una estancia ilimitada en este maldito planeta.

— ¡Eres un aguafiestas! —exclamó Thomas.

— No te creas que está muy descaminado —objetó Ferruson—. ¿Qué hemos sacado de todo esto?

— ¿No tenemos cerca de medio millón de libras esterlinas cada uno?

— ¿Y para qué las queremos? Preferiría pasearme por Londres en estos momentos con diez peniques en el bolsillo.

Ferruson entornó los ojos.

— ¡Londres! ¿Os imagináis algo más estupendo, muchachos? Calles,

vehículos, gente y mujeres bonitas...

— ¿Como esa Betty?

Los ojos de Thomas brillaron intensamente.

— ¡Os prohíbo que habléis de esa mujer!

Los otros dos le miraron con curiosidad.

— Te imaginas lo que estamos pensando, ¿verdad? — inquirió Cower.

— Sí. Y no os equivocáis. Si os he escuchado hasta ahora sin partiros la cabeza a golpes, es porque yo también estoy empezando a estar harto.

— ¡Hombre, eso me gusta más! Te gusta la muchacha, ¿verdad?

— ¡Ya te he dicho que no quiero que habléis del asunto!

— Está bien, hombre, está bien. No te sulfures. Lo importante es que los tres, por los motivos que sean, estamos en perfecto acuerdo, ¿no es eso?

Thomas le miró fijamente.

— ¿Qué es lo que propones?

— Sencillo como todo. Ellos se han ido y nosotros tenemos, ahí enfrente, una astronave dispuesta a llevarnos directamente a la Tierra. ¿Qué os parece la idea?

— ¡Que debes de haberte vuelto loco de remate! Ellos nos seguirían con ésta. Y, aunque tardasen en llegar mucho más tiempo que nosotros, nos alcanzarían, tarde o temprano.

Cower lanzó una alegre carcajada.

— ¡Qué estúpido eres! ¿Cómo has podido creer, por un solo instante, que iba a dejarles esta astronave?

— ¿Te la llevarás también?

— ¡Ca! ¡La destruiremos! No podrán salir nunca de aquí. Y aquí se quedarán para disfrutar de los yacimientos de uranio más importantes de todo el sistema... ¡Estoy de uranio hasta muy por encima de la cabeza!

Guardaron silencio unos instantes; luego, Thomas:

— ¿Qué haríamos con los otros?

— Son buenos chicos y tan engañados como nosotros. ¿Para qué traicionarlos? Tienen también sus ahorros y estarán más que contentos si los llevamos a la Tierra...

— Todo eso lo acepto inmediatamente —dijo Ferruson.

Thomas permaneció unos instantes en silencio, con el entrecejo

profundamente fruncido; luego, súbitamente:

— Contad conmigo.

Cower se puso alegremente en pie.

— ¡En marcha entonces! Hasta que no me haya alejado de este planeta no respiraré a gusto. ¿Vas a por la chica, Thomas?

Éste asintió con la cabeza.

— Sí.

— Pues en marcha. Voy a por los otros. De momento, no les diré nada. Sólo cuando estemos en el espacio, les diremos la verdad.

— De acuerdo.

Thomas se encaminó hacia la cabina en la que habían encerrado a Betty. Abrió la puerta.

La joven estaba sentada en una de las butacas y fumaba un cigarrillo. Al aparecer el bandido del umbral le lanzó una mirada cargada de desprecio.

Thomas avanzó sonriente.

— Prepare sus cosas, preciosa. Nos largamos.

— ¿Dónde? No me moveré de aquí hasta que mi padre y el doctor no hayan regresado.

— Precisamente vamos en su busca. Acaban de comunicarnos por radio el emplazamiento de los yacimientos de uranio que el profesor ha descubierto y vamos a montar allí, junto a ellos, el nuevo campamento.

— ¿Por qué he de preparar mis cosas?

— Porque vamos en la otra astronave. Órdenes del jefe, muñeca.

— Está bien.

Se apoderó de todo lo que los bandidos le habían dejado llevar a aquella astronave, encontrándose dispuesta para la marcha a los pocos instantes.

— Cuando quiera — dijo con voz neutra.

Salieron de la astronave, colocándose en la sala de mandos los trajes espaciales. Luego, ya todos reunidos, descendieron por la rampa, empezando a avanzar hacia el otro aparato.

Thomas se acercó a Cower y en voz baja:

— ¿Cómo piensas destruir nuestra antigua astronave?

— Con un par de proyectiles atómicos «anti-asteroides». No quedará ni el polvo.

Thomas sonrió por vez primera desde que habían empezado a hablar de aquello.

— ¡Vaya sorpresa que va a llevarse Orson!

— Peor para ellos. Tanto Orson como Kimball nos harían la misma jugarreta en cuanto no nos necesitaran.

— Tienes razón. Yo he pensado muchas veces en esa posi...

No terminó,

Dos extrañas y pequeñas astronaves se acercaban a ellos lentamente, rozando casi el suelo.

— ¿Qué es eso? —inquirió Ferruson, con un tono angustioso en la voz.

El terror les paralizó; pero fue por poco tiempo.

Maniobrando con una facilidad extraordinaria, las dos astronaves de los galácticos se acercaron, a menos de una veintena de metros de los bandidos. Casi en seguida, largas llamas azuladas surgieron de sus metálicos flancos y los piratas espaciales se disolvieron en un fuego horroroso, dejando de existir antes de que se diesen perfecta cuenta de lo que les estaba ocurriendo.

Betty, aterrada, corrió de un lado para otro, buscando inútilmente refugio ante aquel espantoso peligro.

Pero, repentinamente, la voz de Clark sonó agradablemente en sus auriculares.

— No tengas miedo, querida; no te harán nada. Son nuestros amigos.

Ella se detuvo, desconfiada aún, como si no pudiese creer en lo que oía, creía que era producto de una alucinación; pero, cuando vio que el joven surgía de detrás de *La Estrella Azul*, sus dudas desaparecieron y una intensa sensación de felicidad le invadió dulcemente el alma.

Corrió al encuentro de Clark, apretándose contra su pecho cuando lo tuvo entre sus brazos.

— ¡Clark, querido! ¡Nunca lo hubiese creído!

Pero el joven, gozoso como ella, miraba con el ceño fruncido hacia la astronave de los bandidos.

— ¿Y tu padre? ¿Y el doctor? ¿Y los otros?

Ella sonrió ante el alud de preguntas.

— Salieron hace poco hacia los yacimientos de uranio que Orson había descubierto. No creo que tarden, querido.

— ¡La ambición ha cegado a esos granujas! ¡Si al menos no corren ningún peligro!

— ¿A qué te refieres?

— No olvides lo de mi hermano, Betty. Cuando más lo pienso, más seguro estoy de que la enfermedad terrible que contrajo fue provocada por emanaciones radiactivas de enorme potencia.

— ¡Oh!

— No te preocupes. Todo se arreglará.

Algo súbitamente sonó en su cerebro.

Era una llamada de auxilio y la voz, ya conocida, le hizo saber que era *La Plus* la que ahora se dirigía a él.

— ¿Qué ocurre? —inquirió, con cierto sobresalto.

— ¡La MASA! ¡Mírela en el horizonte!

Volvió la cabeza hacia atrás y se estremeció, apretando fuertemente a la muchacha entre sus brazos.

Era como una nube enorme; algo disparatado y que se resistía a la descripción.

De la masa negruzca, que debía ocupar muchos centenares de kilómetros y más de diez de altura, surgían en aquel momento dos largas nubes negras que parecían avanzar hacia ellos.

— ¿Qué es eso?

— ¡Son los tentáculos! —dijo la voz de la reina de los galácticos en su cerebro—. ¡No podremos escapar! ¡Debe habernos visto!

— ¿VISTO?

— Percibido; es igual...

— ¡Vamos a la astronave, querida...!

— Pero, ¿de qué se trata?

— Es algo horrible. Ya te lo explicaré: una especie de descomunal monstruo atómico que vaga por el espacio... ¡Corramos!

Apenas habían dado media docena de pasos cuando, repentinamente, el suelo de Júpiter pareció vibrar hasta lo más hondo de sus entrañas.

Se volvieron, con la certeza de que el mundo se terminaba en aquellos instantes; pero, al contemplar el tremendo «hongo» que había surgido bajo la MASA, comprendieron lo ocurrido.

— ¡Una explosión atómica! — lanzó la joven.

— Sí — asintió Clark —. Los depósitos de uranio han debido entrar en «fisión» y han producido el estallido más grande que los hombres podrán

ver...

Observaban, asombrados, aquella horrenda catástrofe, cuando la voz de La Plus sonó en la mente de Clark, con el que se comunicaba especialmente:

— ¡Mira hacia el cielo! ¡La MASA ha sido destruida!

En efecto, cortada en minúsculos trozos, la nube negra había sido segada por la formidable explosión atómica.

Capítulo IX

Cuando Clark explicó a Betty lo que acababa de ocurrir, la joven lloraba de alegría. Ignorando la existencia de la MASA, no había sabido comprender el horrendo peligro que acababa de desaparecer entré las volutas del hongo atómico.

— Vamos a la astronave —dijo Clark—. Montaremos en ella a los pequeños amigos de la lejana galaxia e iremos a buscar al profesor y a los otros.

Betty se divertió, disimuladamente —ya que no deseaba ofenderlos— al ver penetrar en *La Estrella Azul* a los minúsculos amigos espaciales que, con el rostro alborozado, corrían hacia el interior de la astronave, contentos de haber escapado del peligro que había destrozado su floreciente civilización.

Una vez todos dentro, Clark consiguió, utilizando los «aspiradores electrónicos», recoger una de aquellas curiosas astronaves y meterla en uno de los depósitos de su aparato. Deseaba que los hombres admirasen y estudiasen aquella maravilla.

The Blue Star se levantó en el espacio majestuosamente;

Bajo la mano maestra de Clark, el aparato empezó a describir amplios círculos, cada vez más cerrados, aproximándose a la zona donde se había producido la explosión.

En un radio de trescientas millas, todo había sido destruido y muy pronto comprendió que la catástrofe debía haber golpeado fatalmente al profesor y a sus acompañantes.

Pero, disimulando su dolor, siguió buscando con la esperanza —ya que el hallazgo del padre de Betty y de los otros le parecía completamente imposible, al menos encontrar las huellas o los restos de su querido hermano y de sus desdichados acompañantes.

Nada halló en aquella zona.

Hizo que la astronave, no lejos del suelo joviano, siguiese describiendo trayectorias, cada vez más amplias, con el deseo de recorrer la mayor parte del planeta.

Iba a anochecer cuando, de repente, vio algunos objetos que recordó inmediatamente.

¡ERAN APARATOS Y UTENSILIOS QUE HABÍAN PERTENECIDO A LA ASTRONAVE QUE GUIABA SU HERMANO!

Descendió, posándose a su lado.

Betty le acompañaba y juntos recorrieron aquel pequeño espacio que tenía toda la apariencia de un campamento recientemente abandonado.

Los objetos hicieron que Clark sintiese que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Finalmente, cuando acariciaba una de las escafandras, cuyas iniciales eran las de su hermano, vio no lejos de allí una cápsula de metal, donde suelen guardar los astronautas su diario de a bordo.

Lo abrió, íntimamente emocionado, y tomando asiento sobre una de las piedras, teniendo a Betty a su lado, empezó a leer en voz alta:

«Hermano: Todavía veo tu astronave dando vueltas alrededor del sitio donde nos hemos posado. Te he ordenado, crudamente, que no desciendas aquí por nada del mundo.

»¡Dios quiera que me escuches!

»Hace unos instantes aún podía hablar contigo y escuchar tu voz. Pero ahora, los aparatos se nos han quedado pequeños y de nada nos sirven, ya que nuestras monstruosas manos no podrían manejarlos.

»Te asombrará que te escriba; pero, haciendo un esfuerzo tremendo, he logrado atar la pluma a la uña de uno de mis dedos, el índice, y gracias a eso puedo decirte todas estas cosas.

»Porque, aunque ahora te alejes, sé que un día volverás, porque te conozco. Y pensando en eso, mañana mismo marcharemos de aquí, de forma a que, si un día regresas, no caigas en la misma trampa en que hemos caído nosotros.

»Nada más fácil, hermano.

»Esta maldita zona debe contener una fabulosa cantidad de mineral radiactivo. Y han sido sus espantosos corpúsculos los que nos han penetrado en el cuerpo, modificando monstruosamente nuestra anatomía.

»¡Si nos vieses!

»Nos da horror contemplarnos a nosotros mismos. Nunca, a ningún precio, aunque esta horrenda enfermedad no fuese contagiosa, regresaríamos a la Tierra.

»Mañana saldremos de aquí para alejarnos de la zona radiactiva. Si alguien viene a Júpiter —y tenemos la suerte de avistarlo —, le haremos señas o lo que sea para que no aterrice por aquí.

»Es curioso que, desde que hemos enfermado, no tengamos necesidad de comer.

»Esto te lo escribo ya desde nuestro campamento, al que hemos llevado

todo cuanto hemos podido, enterrando el resto de la astronave para que nadie, atraído por ella, se pose allí.

»Te decía que no necesitamos comer y que cuando nos sentimos débiles, no tenemos más que acercamos a la zona radiactiva y permanecer en ella durante unos minutos. Las fuerzas vuelven a nosotros y ya nos encontramos dispuestos para otras dos o tres semanas.

»Cada vez me es más difícil escribirte. No me he desatado la pluma, pero ya no es más que un palillo de dientes sobre mi uña y me cuesta lo indecible hacer movimientos tan delicados con la mano.

«Has de perdonar mi letra. Ya sabes que cuando íbamos al colegio era yo mucho mejor calígrafo que tú...»

Hubo un silencio.

— ¿Dice algo más? —inquirió Betty.

— Espera. Hay unas notas al final, pero casi no se puede leer...

— ¡Pobrecillo!

— Escucha: «Acabamos de montar un fulminante atómico. Estamos dispuestos a hacer que todo el uranio vuele por los aires en cuanto alguien llegue hasta aquí. Y, si por desgracia, no llegásemos a tiempo y los desdichados cayesen enfermos de nuestro repugnante mal, lo haríamos volar de la misma manera, ya que no queremos que formas monstruosas como las nuestras supervivan en ninguna parte.

«Adiós, hermano. Advierte a los hombres, que tan orgullosos se muestran con todo lo que han conseguido lograr la escisión atómica, que tengan mucho cuidado. El uranio no perdona...»

Guardó el cuaderno en el bolsillo y se quedó inmóvil, mirando lo que había sido el campamento de aquellos hombres.

— Creo que lo empiezo a comprender — dijo Betty, con lágrimas en los ojos.

— ¿El qué, querida?

— Esos bandidos debieron llevar a papá y al doctor a esa horrible zona.

— Es muy posible; pero, para que mi hermano y los otros se hayan decidido a volar los yacimientos de uranio, debía haber ocurrido algo ciertamente espantoso.

Ella cerró los ojos, desechando la idea de concebir a su padre convertido en un monstruo horrible...

— ¡Vámonos de aquí, Clark! —dijo con tono suplicante.

— Sí, amor mío.

Se levantaron, lanzando una última ojeada a todo aquello y deseando, de todo corazón, que nadie — ni amigo ni enemigo —pasase por aquella horrorosa experiencia.

Una vez en la sala de mandos de la astronave, se sorprendieron al encontrar una multitud de galácticos encaramados en todos los aparatos.

«La Plus» estaba, en pie, sobre el sillón de Clark.

Éste avanzó hacia ella.

— Júpiter está limpio de todos los peligros que tenía. Si desea quedarse aquí...

— ¡No! Os habíamos juzgado mucho más inferiores de lo que, en realidad, sois.

— ¿Qué quiere decir?

— Que vuestro mundo, a pesar de todos los defectos que hemos leído en vuestras mentes, debe de ser un lugar espléndido.

Y después de un corto silencio.

— ¿Crees que podremos vivir en paz en la Tierra?

— Sí. Pero tendrán que escapar a la curiosidad de los sabios y de las gentes.

Ella movió la cabeza pensativamente.

— No había reparado en eso. Es verdad —agregó con cierta tristeza —; seremos el espectáculo para todos...

Otra vez se instauró el silencio entre ellos.

Luego, Betty, que a pesar de haber sentido en su mente todo lo que la diminuta reina había dicho, no se había inmiscuido en la conversación mental, dijo:

— Hay millones de asteroides, algunos casi planetas, entre Marte y Júpiter...

La mirada de Clark brilló bruscamente.

— ¡Es verdad! Podíamos encontrar uno que fuese a vuestra medida. Un planetoide que fuese, para vosotros lo que para nosotros es la Tierra. Un mundo con agua y aire, donde podríais volver a organizaros...

— ¿Y cuando crezcamos?

— Iréis viajando por todos esos mundos o, aún mejor, regresaréis a vuestra galaxia.

«La Plus» sonrió.

— Sois muy buenos — dijo —. Y creo que lo que hemos pensado es la mejor solución. En el poco tiempo que he tenido para ahondar en vuestra mente, he aprendido mucho...

— ¿A qué te refieres? — inquirió Clark.

Ella siguió sonriendo.

— Es sencillo. Sé, sin haber estado jamás en la Tierra, que todo no es bueno allí y que el mal, por desgracia, asociado a la ambición, al deseo de muchos, ha provocado guerras, muertes, violencias, que nosotros no hemos conocido hasta la aparición de la Masa.

»Sí, es mucho mejor que, por el momento, hasta que volvamos a ser poderosos, nos quedemos en un planetoide de ésos.

»Luego, cuando seamos nuevamente lo que éramos, pondremos la proa de nuestras astronaves hacia nuestra galaxia. Y quizá dentro de miles o millones de años, cuando vuestros hermanos se hayan dado cuenta de la estúpida maldad que impregna sus actos, volveremos, nuestros sucesores, para inaugurar esa feliz era en la que todos los seres vivos del mundo serán como hermanos...

FIN

El platillo volante

Una *fiction-story* de H. S. Thels.

I

— ¿A quién llamamos primero, Choney?

Choney sonrió, mostrando su enorme dentadura de mula, lo que hacía que sus amigos le llamasen *Fernandel*.

— Ahí tienes la lista. — dijo —. Empieza por los más importantes.

El otro, un individuo bajito, regordete y que no hacía más que limpiarse el rostro con el pañuelo, estudió detenidamente la larga lista mecanografiada que tenía entre los gordezuelos dedos; después, lanzando un profundo suspiro:

— ¿Crees que nos saldrá bien ese asunto, Choney?

— ¡No seas idiota! Hemos tenido la suerte de ser los primeros en ver un verdadero platillo volante; los primeros en localizar el punto donde ha aterrizado; los primeros en proteger la zona, ya que la tierra donde ese aparato se ha posado es nuestra y, finalmente, los primeros en darse cuenta del estupendo negocio que podemos hacer con todo eso.

— Te comprendo.

— ¡Afortunadamente! A veces creo que la grasa que te sobra te ha invadido el cerebro y te dificulta grandemente la comprensión de las cosas.

El gordo le miró con incredulidad; luego, señalando la lista.

— Los periodistas te preguntarán por qué no has avisado primero a la policía local.

— ¡No seas idiota, Hebert! Los periodistas bendecirán que no lo haya hecho. Si la «poli» se hubiese presentado aquí, ¿crees que hubiesen dejado paso libre a la prensa?

Y después de un corto silencio:

— Vamos a enriquecer a unos cuantos informadores y a sus respectivas empresas. ¿No es lógico que recibamos nuestra merecida parte?

— Completamente natural.

— Pues, adelante. Llama al primero. Como verás, los he clasificado por categorías. Y no olvides las instrucciones que te he dado.

Asintió Hebert con la cabeza y después de enjugarse nuevamente la sudorosa frente, descolgó el aparato.

La voz de la telefonista llegó hasta los oídos de Choney.

— ¿Diga?

— Conferencia a larga distancia, señorita, por favor.

— ¿Con quién quiere hablar?

— Con el *New York Herald*, señorita.

— Un minuto, por favor.

Hebert miró a su compañero que, a su vez, asintió con la cabeza como para darle ánimos.

La voz de la telefonista rompió nuevamente el silencio:

— Hello! —inquirió una voz completamente desconocida.

— ¿El *New York Herald*?

— Sí. ¿Con quién desea hablar?

— Con míster Paterson. Es muy importante y urgente.

— Le pongo con nuestro redactor-jefe; un momento.

Una voz juvenil, más recia, se dejó oír al instante.

— ¿Diga?

— ¿Míster Paterson? Me llamo Hebert, señor Paterson, y usted me conoce; pero lo que le quiero decir es de mayor importancia: un asunto verdaderamente sensacional...

— ¿De qué se trata?

— ¿Nadie nos escucha, señor Paterson?

— Nadie; es mi línea particular.

— Perfectamente; escuche: una astronave ha aterrizado esta noche en mis tierras.

— Desde dónde me habla usted?

— Desde Lodge, Kansas.

— ¿Qué clase de whisky bebe usted, señor Hebert? Puedo aconsejarle una marca que no produce alucinaciones.

— ¡No sea estúpido, míster Paterson! Sólo conseguirá que llame a otro periodista más inteligente que usted.

Choney, al que llegaba la totalidad de la conversación, aprobó con un gesto de su monumental cabeza.

Hubo una corta pausa; luego, la voz del periodista sonó otra vez:

— ¿Sabe que estoy dispuesto a coger el primer avión?

— Es lo mejor que puede hacer.

— Sí, ya lo sé; pero, si se trata de una broma, lo buscaré y le romperé la cabeza a mi modo.

— Puede hacerlo.

— Voy a comprobar su llamada. Déme su número.

— Tres, cinco, uno.

— Cuelgue, pediré línea de urgencia.

— O. K.

Colgó y miró a su compañero.

— ¿Qué te parece?

— Completamente normal. Nueva York está lejos y ese tipo quiere estar seguro.

— ¿Crees que se convencerá?

— En cuanto le digas las otras condiciones.

El teléfono sonó repentinamente.

Hebert se apresuró a descolgar.

— ¿Tres, ocho, cinco de Lodge, Kansas?

— Sí, aquí Hebert, señor Paterson.

— Correctamente. Déme algunos detalles, por favor.

— Le vimos caer a las dos treinta. Estábamos, con unos amigos, en la terraza de mi rancho. Uno de ellos, llamado Spike, se acercó corriendo y estuvo contemplando el aparato hasta que «ellos» abrieron una especie de puerta corrediza.

— ¡Ah! ¿«Ellos» han salido?

— No, se asomaron simplemente; pero, por desgracia, nuestro amigo Spike pagó caro su curiosidad excesiva...

El tono del periodista se ensombreció al preguntar:

— ¿Ha muerto?

— No, por fortuna. Pero tiene el cuerpo cubierto de quemaduras. Le dispararon, según sus referencias, con una extraña pistola. No le dieron más que de refilón, pero el árbol que tenía al lado ardió por completo.

— ¡Voy en seguida! Ya tengo su dirección, que me ha procurado la Compañía Telefónica. Cogeré un avión de alquiler particular.

— Un momento, míster Paterson. Queda lo más importante. No cuelgue todavía.

— ¿De qué se trata?

— ¿No se ha preguntado el motivo de haberle llamado a usted, solamente?

— Hable claro, por favor.

— Traiga la cámara...

— Desde luego.

— ...y diez mil pavos.

— ¿Diez mil dólares?

— ¿Le parece cara la exclusiva, míster Paterson? Puedo telefonear a otros que darán mucho más.

Hubo un corto silencio.

— Está bien. Espero, no obstante, que todo lo que me propone sea serio. Le pesará, de otro modo.

— No se preocupe, ya se lo he dicho: puedo llamar a otros...

— ¡No lo haga! ¡Acepto!

Hebert colgó con una sonrisa en los labios.

— ¿Lo he hecho bien? —dijo volviéndose hacia el otro.

Choney asintió con un gesto.

— Sigue llamando. Y pide veinte mil por fotografiar al marciano que hemos capturado.

— ¿Tanto dinero?

— ¡Obedece, idiota!

II

Los coches se iban deteniendo en el exterior del rancho y Choney, elegantemente vestido, iba estrechando las manos de los periodistas que iban llegando.

Paterson estaba rojo de cólera.

— ¡No hay derecho! —exclamó—, ¡Se me habló de una exclusiva y no de una conferencia de Prensa!

— Paciencia, amigo mío — repuso Choney —. Habrá exclusiva para todos. Y les prometo que ninguno de ustedes publicará lo que publiquen sus otros colegas...

— ¡Eso es imposible!

— Yo le digo que sí. Los marcianos —o lo que sean— han hecho muchas cosas durante esta mañana.

Se concentraron a su alrededor, con la expectación y el interés pintados en sus rostros.

— Un grupo de esos extraños seres — prosiguió Choney— ha abandonado el platillo volante y se ha instalado, con rarísimos aparatos, a una milla de la astronave. Como ven, mientras míster Paterson, que es el más exigente, tendrá para él solo la astronave, otros pueden fotografiar al marciano que hemos logrado capturar.

— ¿Eh? —gritó Paterson, con los ojos fuera de las órbitas —. ¿Qué estúpida broma es ésa?

— No se trata de ninguna broma, señor. Uno de ellos se extravió y lo hemos encerrado en un hangar, junto a los tractores. Jimmy y Collier le vigilan.

— ¿Están armados?

— Sí.

Paterson sonrió.

— Me basta con ese marciano para lograr el mayor reportaje que se hizo jamás.

— ¡Eh, un momento! —cortó un joven alto y con gafas ahumadas —. Mi periódico ha pagado veinte mil dólares por esa exclusiva.

— ¡Estoy dispuesto a dar cincuenta mil! —gritó otro informador.

Pero Paterson cogió a Choney por el brazo.

— ¡Cien mil dólares y el asunto es para mí! —gritó con voz ronca.

— ¡Concedido! —exclamó Choney alegremente. Después, con una sonrisa —: Me han dado ustedes, señores míos, una idea estupenda. ¡Vamos a subastar las informaciones! Ganará el mejor postor.

— Yo ya tengo la mía — dijo Paterson—. Y no puedo perder más tiempo.

— *O. K.;* vaya al hangar. Hebert le acompañará... Pero pague primero.

— ¿Vale un cheque?

— ¡Claro que vale! Pero sobre el Banco de Kansas City.

— De acuerdo.

III

Paterson era presa de una agitación extraordinaria; una parte de su mente forjaba ya los titulares que darían un triunfo; la otra se sentía inquieta ante la proximidad dé una criatura extraña, que no dejaría de ser peligrosa.

Había traído su pistola y pasó la mano por encima del bolsillo donde la llevaba, como si desease tranquilizarse.

Hebert caminaba a su lado y se percató de aquel gesto.

— No tenga miedo, míster Paterson. Ese marciano está medio atontado. Jimmy le dio un buen golpe por la espalda.

— ¿Cómo es?

— ¿Ese... interplanetario? ¡La mar de raro! Asustará a sus lectores, de seguro. — Y después de una pausa—: ¡Lástima que no sea usted el único en lograr la información!

El otro se detuvo, mirando al hombre gordito con un nuevo interés.

— ¿Qué quiere usted decir con esto de la información, señor Hebert?

— Nada. Sencillamente, que cuando hayan hecho las fotos, será una carrera loca hacia los teléfonos. Y que algunos tendrán más suerte que otros. Además, la información, un poco diferente, eso es verdad, aparecerá, casi al mismo tiempo, en una docena de grandes rotativos.

— No le entiendo.

— Todo puede arreglarse en esta vida, míster Paterson.

— ¿Cómo lo arreglaría usted?

— Con diez mil dólares lograría que fuese sólo usted quien publicase, antes que nadie, la totalidad de la información.

— ¿Qué haría?

— ¿Y el dinero?

— Cuando conozca su plan.

— Es sencillo como todo. Desconectaré los cables de los coches de todos esos señores, excepto del suyo. ¿Qué le parece?

Los ojos de Paterson se animaron.

— ¡Eso es estupendo! Verdaderamente, me había enfadado con ese amigo suyo, con aspecto de marimandón; pero veo que usted es más inteligente que él.

— Gracias.

— Voy a extenderle un cheque. He gastado mucho dinero en este asunto; pero con su solución, vale la pena.

Extendió el cheque, que Hebert guardó cuidadosamente.

— Voy a ocuparme de los coches, señor Paterson. No vaya a ocurrir que uno de ésos quiera una rápida información y se largue. ¿Cuál es el suyo?

— Un «Buick» azul. Lo alquilé en la ciudad. El número de matrícula acaba en ocho, ocho, ocho.

— Perfectamente. ¿Ve aquellos dos olmos?

— Sí.

— El hangar está al lado. Jimmy y Collier le facilitarán todo lo que necesite.

— Muchas gracias, Hebert; de verdad.

— ¡De nada, señor Paterson! ¡Suerte!

Avanzó Paterson, topándose, al llegar junto a los árboles, con dos hombres jóvenes, armados de sendas escopetas de caza.

— Me llamo Paterson —dijo el periodista—. ¿Dónde está?

— Sigue medio atontado. Hace un momento que miré por la ventana. ¿Es usted el periodista que va a fotografiarle?

— Sí..

— No le costará nada. Es manso como un cordero. La puerta no está cerrada.

— Gracias. ¿Ustedes qué van a hacer?

— Vamos a reforzar a Harry, que está junto a los marcianos que montan un extraño aparato al otro lado del rancho. Ya le decimos que no ha de temer nada...

— Está bien.

Permaneció inmóvil, viendo alejarse a los dos hombres. De nuevo, una sensación de intranquila angustia se apoderó de él.

— Dicen que no es peligroso —murmuró en voz baja—, pero, ¿qué saben estos labriegos de todo el poder que puede poseer una de esas extrañas criaturas?

Se fue acercando lentamente a la puerta del barracón; una puerta con dos hojas y que debía dar paso a los tractores.

Caminaba despacio, procurando hacer el menor ruido posible. Con la misma emoción que se iba apoderando de su mente.

El entusiasmo profesional terminó rechazando toda idea de peligro y el pensamiento del triunfo periodístico que iba a realizar borró todas las dudas que su cerebro inquieto se formulaba.

Abrió la puerta, pulgada a pulgada.

Dentro reinaba una semioscuridad medrosa y nada más dar el primer paso hacia el interior del barracón, Paterson degustó un acre olor a óxido, como si los dos tractores, cuyas formas adivinaban ya sus ojos que habían empezado a acostumbrarse a la semioscuridad reinante, no hubiesen sido empleados hacía mucho tiempo.

Maldijo el no haber llevado consigo una lámpara eléctrica; pero, decidiéndose finalmente, avanzó hasta un ventanuco, que abrió de par en par.

El sol penetró bruscamente en el recinto, haciendo resaltar cuanto allí se encontraba.

Inmóvil, con un corazón que brincaba locamente, en su pecho, el periodista fue atreviéndose a recorrer lo que le rodeaba con los ojos dilatados por la emoción.

¡Allí estaba!

En un rincón, sentado; mejor dicho, apoyado contra la pared del barracón, entre dos montones de balas de paja.

Era sencillamente horrible.

Poseía tres pares de brazos, terminados en unas manos de seis dedos, que más bien parecían garras.

El cuerpo era del tamaño de un humano, aproximadamente, quizás un poco más bajo, y el rostro verdaderamente alucinante.

Un solo ojo, a la izquierda, donde hubiese estado normalmente el ojo izquierdo de un hombre cualquiera y, a la derecha, una especie de tentáculo verdoso que le caía hasta cerca de la cintura.

Tanto se emocionó Paterson, que permaneció como helado, sin recordar la cámara que le pendía en bandolera.

Tardó bastante en reaccionar; luego, dispuesto a no perder aquella ocasión única y recordando que estaba malgastando un tiempo precioso, se dispuso a filmar al hombre de otro mundo.

Se colocaba justamente la cámara ante el rostro, cuando una voz sonó, que le dejó de piedra.

— ¿Qué hace usted?

Volvió la cabeza, seguro de que alguno de sus colegas quería fastidiarle el asunto.

Pero, ni detrás, ni en parte alguna, había nadie.

La voz sonó de nuevo.

— ¿Por qué no me ayuda a levantarme? ¿Es usted de la policía?

No podía haber la menor duda.

Era el marciano quien había hablado.

Se acercó prudentemente a aquella criatura.

— ¿Ha sido... usted... quien ha... hablado? —inquirió con voz trémula.

El otro asintió con su horrible cabeza.

— Sí, he sido yo —repuso en correcto inglés.

El asombro de Paterson era sincero.

— ¿Conoce usted... nuestra lengua? ¿Sabe hablar inglés?

El otro se removió bruscamente.

— ¿Está usted loco? ¿Qué lenguaje quiere que hable? He nacido aquí, no en la India.

— ¿Cómo? ¿Qué usted ha nacido aquí? ¿Sabe dónde se encuentra?

Indudablemente, el golpe que aquel marciano había recibido debía haberle trastornado por completo.

— ¿Qué si sé dónde estoy? ¡Naturalmente! *¡En mi granja! ¡En Kansas!*

Peterson abrió la boca desmesuradamente.

— ¿En... su granja? ¿Quién es usted entonces.

— Carl Lower, el dueño de todo esto. ¿Han cogido ya a esos granujas?

Y como Paterson no pudo hallar el habla:

— Vinieron hace tres semanas y me hicieron prisionero. Oí, no obstante, que estaban preparando un golpe para estafar a unos periodistas, con no sé qué cuentos de un platillo volante.

Paterson se acercó al hombre y de un tirón, sin miramientos, le arrancó la máscara de goma que llevaba puesta.

El otro dio un chillido; luego, poniéndose en pie, contempló los falsos brazos que le pendían y después de arrancarse los guantes de goma, con seis dedos en forma de garras, que cubrían sus verdaderas manos, se quitó lo demás.

Al ver toda aquella tramoya en el suelo, el hombre no pudo evitar una carcajada y señalando a Paterson, con el índice derecho — ya sin garras —, exclamó:

— ¡Apuesto lo que sea a que usted es uno de los incautos periodistas que ha caído en la trampa!

IV

El coche había cogido la carretera número 12, al salir de Kansas, donde todavía el cajero del Banco se preguntaba si todos los grandes periódicos de Estados Unidos se habían puesto a regalar dinero de repente.

En el amplio asiento de detrás, Jimmy quitaba pacientemente los vendajes de los brazos y las piernas de Spike que, con un cigarrillo en los labios, guiñaba los ojos para evitar que el humo le entrase en ellos.

A su lado, Collier, una especie de gigante, con la nariz clásica de boxeador, masticaba incansablemente una tableta de chiclé.

Hebert, al lado de Choney, que era el que conducía, guardaba silencio; pero, al lado de los otros, era el que estaba más visiblemente nervioso y se mordía las uñas interminable e incansablemente.

— ¿Quieres hacer el favor de dejar de chuparte los dedos?

Hebert separó las manos de la boca y miró inquisitivamente a su compañero; luego, con un hilo de voz:

— ¿No estás nervioso, Choney?

— ¿Por qué habría de estarlo?

— Pueden perseguirnos; son muchos...

— ¡No seas idiota! Aunque alguno de esos periodistas fuese campeón de carreras, tardaría ocho horas en llegar al primer teléfono. ¿Por qué creíste que había escogido ese rancho, cuando pensábamos el golpe? Hemos estropeado todos los coches, con el truco que te dije contases a ese Paterson y tendrán que largarse a pie, acompañados por el granjero. Eso significará, utilizando sendas y atajos, seis horas largas...

— Y en seis horas —dijo Spike desde detrás del coche, hablando con dificultad porque la colilla seguía pegada a su labio inferior—, estaremos bien lejos, en ese lugar apartado donde va a meternos Hebert...

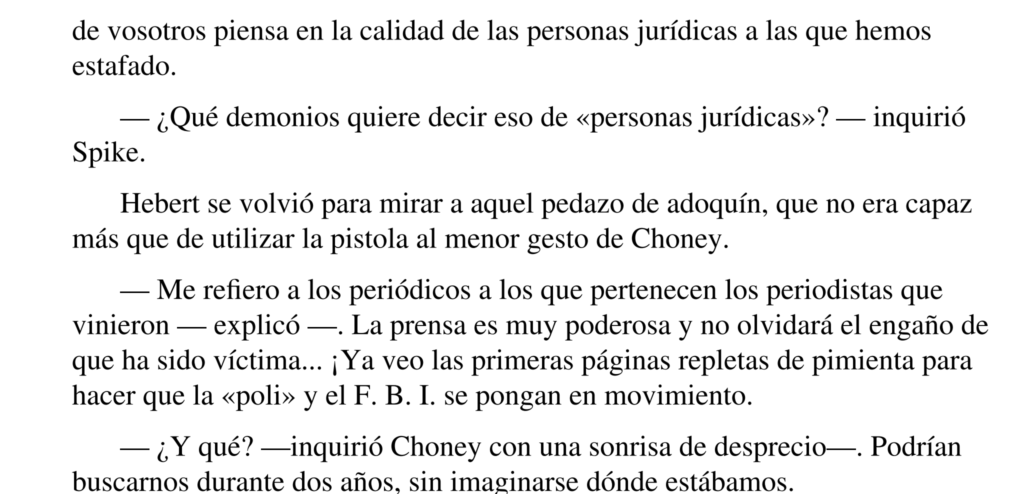
— ¡Eso es, muchachos! —dijo éste—. Un rinconcito precioso en el que pasaremos un buen tiempo, hasta que los ánimos se hayan calmado. Gastamos bien los ahorros, acumulando comida en aquel sitio. Tenemos radio, televisión, piscina, campo de deportes...

— Yo podría prepararme para la próxima temporada — arguyó Collier.

— ¡Claro que sí! Tendrás un buen montón de *managers* y haremos de ti un verdadero campeón.

— ¡Va a ser estupendo!

— Lo veis todo de color de rosa — tornó a profetizar Hebert—. Ninguno



de vosotros piensa en la calidad de las personas jurídicas a las que hemos estafado.

— ¿Qué demonios quiere decir eso de «personas jurídicas»? — inquirió Spike.

Hebert se volvió para mirar a aquel pedazo de adoquín, que no era capaz más que de utilizar la pistola al menor gesto de Choney.

— Me refiero a los periódicos a los que pertenecen los periodistas que vinieron — explicó —. La prensa es muy poderosa y no olvidará el engaño de que ha sido víctima... ¡Ya veo las primeras páginas repletas de pimienta para hacer que la «poli» y el F. B. I. se pongan en movimiento.

— ¿Y qué? —inquirió Choney con una sonrisa de desprecio—. Podrían buscarnos durante dos años, sin imaginarse dónde estábamos.

— ¡Ojalá sea así! — exclamó Hebert.

Guardaron silencio; luego, cincuenta millas más abajo, Choney detuvo el coche, en plena carretera y dio diez minutos de permiso para que todo el mundo pudiese estirarlas piernas.

— No os alejéis demasiado, muchachos. Nos vamos en seguida.

Jimmy se acercó a él.

— ¿Y la «pasta», Choney?

— En el coche. ¿Por qué?

— Quisiera un poco para enviar a mi hermano. Ya sabes que tuvo aquel accidente...

Choney frunció el entrecejo.

— ¡Debería haber venido con nosotros! Hace un montón de tiempo que se lo vengo diciendo; pero tu hermano ha nacido para hombre honrado, lo que quiere decir que es completamente idiota.

Jimmy no dijo nada, esperando que el jefe terminase.

— ¿Cuánto necesitas?

— ¿Podría ser mil? Si no te parece mucho.

— Ven. Te lo voy a dar ahora mismo.

Luego, cuando estaban junto al coche, se volvió bruscamente.

— ¿Cómo vas a enviárselos?

— No lo sé.

Echándose el flexible hacia atrás, Choney se rascó la cabeza.

— Escribe una carta, ponle el dinero dentro y échalo en el buzón del primer pueblo que atravesemos. Nadie podrá saber nada.

— Gracias, Choney.

V

La finca elegida por Choney era cómoda, amplia y situada —aquello era lo importante— en un lugar alejado de toda comunicación.

Tres mujeres, a las que el *boss* había contratado, lo tenían todo maravillosamente organizado y limpio. Los hombres salieron del coche como leones, corriendo de un lado para el otro, brincando, riendo, felices de hallarse en un sitio donde podían hacer lo que les venía en gana.

Hasta Hebert, el más pesimista, se sintió más animado.

Después de haberles dejado corretear por el amplio parque y fisgonear por donde quisieron, Choney los reunió bajo la sombra de las parras, en el espléndido mirador del rancho.

— Os he llamado —dijo— para aclarar las cosas como a mí me gustan que estén siempre entre nosotros.

Los miró, uno a uno y con voz amable:

— Este último golpe nos ha dado cuatrocientos mil dólares.

Hubo algunos silbidos que el *boss* cortó con un gesto rápido de la mano izquierda.

— Ha sido el trabajo más fácil y menos arriesgado y, al mismo tiempo, el que más beneficios nos ha dado. Por desgracia, después del revuelo que se va a armar, no podremos repetirlo en parte alguna. Eso no quiere decir que no encontremos otro «truco» de un género parecido. Lo importante es pensar y aquí vamos a tener tiempo para hacerlo.

Hizo una pausa.

— Como siempre,— prosiguió —, partiremos en partes iguales; pero reservaremos una cantidad, como lo hacemos de costumbre, para los gastos que pueda sobrellevar nuestro próximo golpe.

»En cuanto a la estancia aquí, su duración depende, como os daréis cuenta, de muchas cosas. De todas formas, nadie saldrá hasta que se haya pasado la tormenta. Entonces, iremos unas semanas a cualquier ciudad, para pasarlo bien y quitarnos hasta la última gota de soledad que nos quede y empezaremos de nuevo. ¿Conformes?

Todos asintieron con la cabeza.

— También quiero que guardemos las armas. No deseo jaleos entre nosotros y tengo experiencia para temer que la ociosidad pueda en un

momento alteraros la chaveta.

Un relámpago cruzó el horizonte, oyéndose después el rugido lejano de un trueno.

— Tenemos tormenta —dijo Jimmy.

— Es lo natural en este tiempo — agregó uno.

Momentos más tarde, las nubes, pardas al principio, negras después empezaron a desfilar sobre el rancho.

— Vamos dentro, muchachos. A lo mejor nos cae una buena tromba de agua.

— ¡Ojalá! —opinó Hebert, que no dejaba de secarse la frente con un gran pañuelo de seda.

— ¿Seguro que no va a temblar como los niños? — inquirió Spike.

— ¡Vete a paseo! —gruñó el gordito entrando en la casa.

Organizaron, los cuatro, una partida de póquer.

Mientras, Hebert, en un rincón, junto a la ventana, veía desfilar la manada oscura de las nubes a las que el viento empujaba a toda velocidad hacia el Este.

Tenía la frente perlada de sudor y respiraba con visible dificultad.

Se preguntó a sí mismo, repetidas veces, el porqué de aquella angustia estúpida que le estaba invadiendo. Luego, al mirar a sus amigos, que reían jugando animadamente, les envidió, mordiéndose los labios de importancia.

«No soy como ellos —se dijo—. Tienen nervios de acero y son como cochinos animales que ni sienten ni padecen. Están ahí, contentos, sonrientes, sin pensar en todo el revuelo que han armado y que toda la policía debe buscarnos como una jauría furiosa, ansiosa de vengar la afrenta que hemos infringido a la parte más representativa del país: a la prensa.»

Un rayó debió caer muy cerca, porque todos los cristales de la casa vibraron lúgubremente.

Hebert se puso pálido como la muerte.

Spike, que le estaba mirando, lanzó una sonora carcajada.

— ¡Vete a la cama, Hebert! —dijo en voz alta—. Si no lo haces, vas a morirte de miedo.

Otros relámpagos brillaron lejos.

Choney se volvió hacia el hombrecillo:

— Enciende la luz. No veo las cartas.

Las piernas le temblaban a Hebert, como si estuviesen dispuestas a no sostenerle en pie.

— Escucha, Choney —dijo con un hilo de voz—. ¿No sabes que es malo encender a luz cuando hay tormenta?

— ¡Vete al infierno y enciende la luz, idiota!

Obedeció.

La luz de las bombillas parpadeaba constantemente y Jimmy no hacía más que maldecir de la manera más horrenda, haciendo temblar, a cada palabra, al pobre Hebert que, sin poder evitarlo, no podía separar los ojos de la masa de amenazadoras nubes que cubrían completamente el cielo.

Esperaba, con una angustia indecible, que, de un momento a otro, un rayo cayese sobre la casa, atraído por la electricidad de la luz.

Cuando la luz se apagó repentinamente, Hebert lanzó un profundo suspiro.

«Afortunadamente —pensó—, los de la línea, mucho más conscientes que este grupo de bestias, han cortado la corriente para evitar males mayores.»

La maldición que soltó Jimmy le hizo mucho menos efecto.

— ¡Hebert! — gritó Choney.

— ¿Qué quieres?

— Ve a la cocina y di a esas mujeres que te den unas cuantas velas.

La estancia, iluminada con los cirios, tomó un siniestro aspecto, agigantando las sombras de los hombres apoyados en la mesa de juego y que, en la pared, cobraban aspectos verdaderamente fantásticos.

La tormenta pasó tan rápidamente como había venido; pero la luz no se hizo de nuevo.

— Debe de ser una avería — intuyó Collier.

— ¡Déjalo! —replicó Choney—. Seguiremos jugando hasta que nos cansemos. Luego nos iremos a la cama.

Un aire fresco penetró por una de las ventanas abiertas.

La sensación que causó a Hebert fue tan deliciosa, que se sintió como nuevo. El cielo estaba cubierto, pero la tormenta había pasado por completo.

— Voy a darme una vuelta por el jardín —dijo levantándose.

— ¿No tendrás miedo de los fantasmas? —ironizó Spike.

Pero Hebert no le escuchaba ya.

La brisa, en el jardín, era ciertamente deliciosa y Hebert la respiró con

ansia, sintiendo que dejaba de sudar.

Encendió un cigarrillo.

Lejos de los otros, se encontraba a gusto. Podía pensar en lo que quisiese y hablar consigo mismo en voz alta, sin que nadie se riese de él.

Tomó un sendero, a la izquierda, dirigiéndose hacia la gran explanada donde estaba instalado el campo de tenis.

Fue entonces, repentinamente, cuando, perfectamente iluminado por la luna, que se había abierto paso entre las nubes en aquel justo instante, lo vio tan claramente como si fuese de día.

Fue tal el terror que experimentó, que no tuvo fuerza para exhalar el grito que pugnaba por salir de su garganta. Se quedó como helado, tieso, estático, con sólo el corazón que galopaba frenéticamente en su pecho.

La figura se movió hacia a derecha, alejándose poco después.

Sólo entonces pudo el pobre Hebert encontrar el dominio que le faltaba.

Giró sobre sus talones y echó a correr, como un desesperado, penetrando en tromba en la sala donde los otros continuaban la partida.

— *¡Lo he visto!* —gritó, con los ojos fuera de las órbitas.

Le miraron sorprendidos y cuando Spike iba a soltar una de las suyas, el jefe le detuvo con un gesto.

— ¿Qué es lo que has visto, Hebert?

El gordo tardó un cierto tiempo en poder articular.

— ¡Le he visto, Choney; te lo juro! ¡En el campo de tenis!

— ¿A quién?

— Al granjero al que disfrazamos de marciano...

— ¡Cállate! —ordenó Choney.

— Este tipo está como una regadera... —dijo Spike.

Tenía el entrecejo fruncido e intentaba razonar, encontrando cien respuestas favorables a las preguntas que febrilmente se iba haciendo.

«Es imposible — se dijo— que la "poli” nos haya descubierto.»

Porque lo del granjero no podía ser más que una broma de los polizontes...

Tiró las cartas sobre la pulida mesa y con un gesto duro:

— ¡Vamos al campo de tenis! —ordenó.

Y para imponer más la línea de conducta que de todos esperaba,

desenfundó la pistola, siendo inmediatamente imitado por los otros.

Hebert era el único que no iba armado.

Salieron en grupo, avanzando hacia el campo de tenis, que recorrieron varias veces.

Spike gruñía en voz baja, echando pestes sobre Hebert y su miedo.

Hasta que Choney, volviéndose bruscamente, le cruzó la cara con el dorso de la mano.

— ¿Quieres dejar de refunfuñar, imbécil?

Luego, dirigiéndose a los otros:

— No, no me miréis así. Estoy seguro de que Hebert tiene razón. Y, aunque no la tuviese, tengo el presentimiento de que algo está ocurriendo. La «poli» ha debido de tener suerte... ¿Os habéis dado cuenta de lo de la luz? La tormenta ha sido un juego de niños y la Compañía no hubiese cortado jamás la corriente por tan poca cosa.

— ¿Quién ha sido entonces? —inquirió Collier, que mascaba goma como siempre.

— Eso es lo que vamos a averiguar. Aunque, bien pensado, lo primero que vamos a hacer es preparar el coche.

— ¿Nos vamos?

— Si hay peligro, sí.

Retrocedieron hacia el garaje. Todos contemplaron cómo Choney se sentaba ante el volante e intentaba vanamente poner en marcha al vehículo.

— ¡Esos hijo de perra deben de habernos rodeado!

Permaneció unos instantes con los labios apretados y los ojos lanzando llamas. Después:

— ¡Vamos a la casa y cogeremos la «pasta»!

Salieron en tromba; pero nada más traspasar la puerta del garaje, se detuvieron al unísono.

Hebert fue el primero en encontrar la facultad del habla.

— ¡Es él! ¡El granjero disfrazado! ¿No os lo decía yo?

La figura fantasmagórica se detuvo ante ellos.

— ¡Zumbadle! — gritó Choney roncamente.

Tres pistolas ladraron bruscamente y la figura, sorprendida, se derrumbó pesadamente en el suelo.

Pero, de la garganta de aquel ser brotó un aullido infrahumano que heló la sangre en las venas de los gangsters.

Lo que ocurrió entonces se desarrolló a una velocidad verdaderamente fantástica.

De todas partes, por todos los senderos del jardín que conducían al garaje surgieron seres semejantes al que yacía en el suelo y que empuñaban extrañas armas, semejantes a pistolas, pero con varios cañones.

— ¡Se han disfrazado todos los «polis»! —gritó Spike.

— ¡Fuego! —rugió Choney.

Pero esta vez las pistolas no vomitaron plomo.

De las armas de aquellos seres brotaron largas llamas azuladas que paralizaron a los bandidos, cuyas armas cayeron mansamente al suelo.

Los rodearon.

Se expresaban en una jerga rapidísima e ininteligible.

— ¡Basta de comedia! —exclamó Choney—. ¡Nos rendimos.

Les empujaron.

El único que estaba ciertamente asustado, profundamente aterrorizado, era Hebert, que miraba a aquellos seres comprendiendo la terrible verdad.

— ¡Son marcianos! — dijo entre dientes.

— ¡Cállate, idiota! —le espetó Choney.

Avanzaron, hasta más allá del campo de tenis y el *boss*, extrañado, dijo en voz baja:

— ¡Es raro! No nos han preguntado dónde hemos escondido el dinero.

Nadie le contestó.

Nadie le hizo caso porque, sencillamente, acababan de detenerse ante una tremenda masa metálica, abierta por uno de los lados y que tenía la apariencia de algo tremendamente fantástico.

— ¡Son marcianos! —volvió a decir Hebert—. ¡Marcianos *de verdad*!

Esta vez, Choney no le llamó «idiota». Se quedó mirando a las extrañas criaturas, preguntándose si se había vuelto loco de repente.

Esto es lo que le sucedió al gordo.

Al pensar que habían imaginado a los marcianos tal y como eran, vistiendo al granjero con un disfraz que era la copia idéntica de las horrendas criaturas que los rodeaban, sintió unas tremendas ganas de reír.

Y mientras sus compañeros, pálidos como la muerte, se veían empujar hacia la rampa que conducía al interior de la astronave, Hebert, el idiota, el miedoso, el cobarde, lanzó una carcajada horrenda, que hizo estremecer a los otros y que obligó a los marcianos a mirarle con curiosa atención;

Hebert se acercó a Choney:

— ¿Te das cuenta, amigo? ¡Vaya golpe que vamos a dar! No tengáis miedo ahora. Ninguna policía del mundo, ningún *F.B.I. nos encontrará jamás*.

FIN

Próximo número:

Se decía que aquel pedrusco
estaba maldito, que había
fantasmas que hacían
desaparecer a los osados
que intentaban descubrir
sus misterios.
Eran los

DEMONIOS EN EL ASTEROIDE

por

Louis G. Milk